

La Internacional y la guerra

¿Cuál fué la causa de la disolución de la Primera Internacional?

A esta pregunta se da generalmente una contestación muy sencilla, pero no muy exacta.

La Primera Internacional, se dice, tuvo escasamente doce años de existencia, a causa de las disensiones entre Marx y Bakunin.

Sin duda es cierto que entre Bakunin y Marx existían diferencias doctrinales y diferencias de temperamento.

Hoy mismo, el contraste entre las dos tendencias está vivo en algunos medios obreros e inspira concepciones tácticas divergentes, que algunas veces aparecen como contradicciones irreducibles.

Sin embargo, ni este hecho es tan sencillo como parece a primera vista, ni ha tenido una influencia tan decisiva como se pretende en la organización internacional de los trabajadores.

En primer lugar, los nombres de Marx y Bakunin no han personificado siempre las mismas tendencias en la familia obrera.

Hoy, el temperamento de los antiguos partidarios de Bakunin está más bien representado por los secuaces del marxismo, o por lo menos de una interpretación literal y estrecha de la doctrina marxista.

Por otra parte, en la Primera Internacional, como en la Internacional de hoy día, han existido y existen organizaciones obreras que no han hecho una bandera de los nombres de Bakunin y de Marx, ni del nombre de ningún teorizante o luchador proeminente.

Hoy sería inútil querer resucitar las divergencias que palpitaban en el seno de la Primera Internacional.

La Internacional de hoy día tiene exigencias que no pueden satisfacerse completamente con ningún cuerpo de doctrina elaborado por los pensadores que han preparado el momento actual, que han previsto más certeramente los acontecimientos y han señalado con más seguridad el camino que la masa obrera debe seguir para alcanzar su emancipación.

Hoy el alma de los trabajadores está impregnada de la doctrina marxista, en cuanto el marxismo es un método de investigación del desarrollo de la sociedad capitalista y de la sociedad obrera, y en cuanto es también un método de lucha; pero la organización internacional hoy existente tiene ante sí problemas constructivos que la diferencian de la Primera Internacional y que cambian por completo el plano sobre el cual las diversas tendencias pueden dibujarse.

Hoy podemos tener la seguridad de que, sean cualesquiera las diferencias de temperamento y de doctrina que existan en la masa o en los teorizantes del Socialismo, ninguna de estas diferencias puede poner en peligro la existencia y el desarrollo normal de la organización internacional de los trabajadores.

Esta confianza no nos debe llevar, sin embargo, a pensar que la existencia de la Internacional está completamente al abrigo de la acción de elementos destructivos que pueden significar para ella amenazas verdaderamente serias.

Para conocer los peligros actuales nada más conveniente que el estudio de la suerte que corrió la Primera Internacional y de las causas de su disolución.

Ahora bien, este estudio, hecho a la distancia de medio siglo, permite percibir cada vez más claramente que los acontecimientos que determinaron la disolución de la Primera Internacional fueron la guerra franco-prusiana y la derrota de la «Commune».

La guerra disolvió la Primera Internacional, como la guerra perturbó hondamente la vida de la Segunda; pero una vez disuelta la Primera Internacional empezó la reunión de Congresos internacionales más importantes que los hasta entonces celebrados y se formaron Partidos Socialistas Obreros en numerosos países, anteriormente refractarios a la organización.

Del mismo modo, la crisis de la Segunda Internacional ha originado, después de la gran guerra, una reorganización de fuerzas obreras y socialistas que puede mirar con confianza el porvenir y puede tomar sobre sus hombros la enorme tarea de construir una sociedad nueva fundada en los principios del Socialismo.

La Historia demuestra que el verdadero enemigo de la Internacional es la guerra, y que es el espíritu de la guerra el que hay que vencer y someter para poner completamente a salvo de riesgos inminentes la vida y la salud de la Internacional.

La Historia demuestra también que en esta lucha entre la Internacional y la guerra, la Internacional es inventiva.

Por varias veces la guerra ha dado a la Internacional, otras tantas, cuando desaparecía, el estímulo que le dio el ser...

tantas la Internacional ha resucitado más vigorosa y pujante.

Un sentido certero de la realidad lleva hoy a las fuerzas internacionales obreras y socialistas a concentrar su acción en la lucha contra la guerra.

Todo el que ame la paz, la libertad y la cultura no puede menos de asistir con su entusiasmo a la obra del Partido Socialista y de la Federación Sindical Internacional.

Julian BESTEIRO

Si resucitaran...

Si resucitaran Carlos Marx y Federico Engels yo les diría:

«Recordáis el 28 de septiembre de 1864, en Londres, cuando, excepto en la Gran Bretaña, no existía movimiento alguno de masa obrera organizada y vosotros erais un pequeño núcleo de soñadores, motejados por los unos, perseguidos por los otros e incomprendidos por la propia clase trabajadora, en favor de la cual sacrificabais gloriosamente vuestras vidas?»

Pues bien; hoy no habrá ningún Sansón con fuerzas suficientes para derribar el templo que vosotros erigisteis hace sesenta años en el salón de San Martín.

Hoy somos nosotros, los que seguimos el camino que vosotros dos iniciasteis, la única fuerza viril en el mundo. El rey de Inglaterra se vió obligado a recurrir a la ayuda del presidente de la Internacional Socialista, MacDonald, otorgándole la presidencia de su Gobierno, porque así lo quiso el pueblo trabajador británico, porque así lo impuso la trayectoria de la Historia, la potencia del Socialismo. El Estado inglés está en nuestras manos y el rey sujeto a la situación.

En Francia no puede funcionar el Estado sin el concurso de los socialistas, y Herriot se ve precisado a seguir una orientación de izquierdas.

Los tronos de los grandes imperios alemanes, el de la potente Rusia, han caído destrozados, rodando las coronas...

En los países escandinavos dominan también los socialistas.

El Socialismo belga es un Estado dentro del Estado burgués. Lo mismo ocurre en Austria, en Alemania, en Checoslovaquia. La Península balcánica, a pesar de la reacción, es fuertemente socialista.

En Italia, un solo cadáver socialista—Matteotti!—ha bastado para inutilizar la máquina parlamentaria, poniendo en grave apuro al partido dictatorial que ocupa el Poder con sus 300.000 bayonetas.

Y España, donde el bakunismo trató de anular al Socialismo científico, es éste hoy la fuerza más sana, más vigorosa, más esperanzadora del país.

Si hoy resucitara Fanelli y al mismo tiempo Francisco Mora, yo les pondría frente a frente para que hablasen, recordaran el pasado y lo comparasen con el presente. ¡Pobre Fanelli, instrumento ciego del bohevevich Bakunin!

«Pero tú, Engels, que fuiste profeta, y que en el año 1877 escribías a tu viejo amigo Juan Felipe Becker que el bakunismo se estaba liquidando ruidosamente y que ya no le quedaba sino «ese poco de Alianza española», mira cómo el pueblo obrero de España se va emancipando y librándose del verbalismo irresponsable para encuadrarse en las filas socialistas bajo el mando supremo de Pablo Iglesias.

Tú, Engels, segundo violín de Marx (como te llamabas gustosamente, aun sabiendo que sin tí no habría podido brillar el primero), puedes estar orgulloso por los sacrificios que hiciste. No en vano toda tu vida estuvo a disposición de Marx y de la causa socialista.»

«Y tú, Marx, no sufriste estérilmente hambre, frío y miseria, al cruzar el mundo con tu familia, de país en país. Cuando tú, tu mujer y tus hijos no comían porque el panadero y el carnicero te habían retirado el crédito y te amenazaban con la justicia; cuando tú ya no podías acudir a la Biblioteca del British Museum porque tu único abrigo estaba empeñado; cuando no tenías dinero para comprar papel y tinta; cuando aquella maldita sociedad te había privado también del dinero para pagar el alquiler de tu único hijo, el predilecto, y tu madre te reprochaba por haber «escrito» en lugar de «hacer»; «El Capital», en aquellos días el Socialismo se hallaba en embrión. Compensación de vuestro martirio la tenéis en el hecho de haber engendrado un nuevo mundo. Que os sirva de consuelo la certeza de que ninguna idea se afirmó en el mundo en tan breve lapso de tiempo. La idea que tú, Marx, lanzaste al mundo, sembrándola por todas partes, arraigó y creció como ninguna otra. El cristianismo no logró afirmarse así en el transcurso de veinte siglos. El Socialismo, con sus fluctuaciones, sus acciones y reacciones, es la plena revolución. ¡Marx, el mundo por el cual trabajaste, es tuyo! La bandera roja flamea por todas partes; la Historia está ante el tribunal, y el proletariado la juzga...»



PABLO IGLESIAS

La guerra y la acción política del proletariado

Contra la guerra se declaró la Primera Internacional, fundada en 1864; contra la guerra fué la Segunda Internacional, nacida en 1889, y contra la guerra van hoy la Unión de los Partidos Socialistas y la Federación Sindical de Amsterdam.

Como se ve, desde que se organizó internacionalmente el proletariado fué enemigo de las matanzas humanas.

La Primera Internacional, por su endeblez, no pudo evitar la guerra; la Segunda, aunque dispuso de mucha más fuerza, no tuvo la suficiente para hacer imposible la gran conflagración de 1914-1918; a los Partidos Socialistas y a la Federación Sindical de Amsterdam, que tienen y tendrán cada vez más una potencia muy superior a la de la Segunda Internacional, corresponde impedir la repetición de las luchas entre los pueblos, en tanto ambas fuerzas, conquistando el Poder político en la mayoría de las naciones o en las más fuertes, desquicia por completo al régimen burgués, engendradora de la guerra y de otros males que hoy afligen al mundo.

Para debilitar el espíritu belicoso, para anular los esfuerzos imperialistas que provocan las contiendas, recurrirán las colectividades mencionadas al empleo de cuantos medios tengan verdadera eficacia. Recurrirán a la educación; recurrirán a la propaganda; recordarán los horrores, las devastaciones y las tristezas ocasionadas por la última guerra; tratarán de elevar el sentimiento humano a alturas no alcanzadas todavía; pero lo que emplearán con preferencia, lo que más usarán será la acción política.

Es la acción política del proletariado lo que más ha de influir, lo que más ha de hacer para impedir las empresas guerreras.

Esa acción, ejercida constantemente, realizada con fuerte intensidad, llegará a los Municipios, a las Diputaciones, a los Parlamentos y a los Gobiernos, causando en ellos el natural efecto y creando en todos los países un marcado ambiente pacifista.

Aquí está el caso de Inglaterra y Francia. La acción política del proletariado ha llevado al Poder a laboristas y radicales avanzados, y ese resultado ha hecho posible, con los acuerdos de la Conferencia de Londres, infligir una señalada derrota a los imperialistas de Francia y de Alemania.

Aquí está también lo acaecido en Dinamarca. La acción política del proletariado ha puesto el Poder en manos del Partido Socialista, el cual, entre otras medidas, ha propuesto al Parlamento la disolución del ejército.

La acción política del proletariado es hoy el arma más formidable de éste, no ya para evitar la guerra, ese tremendo azote de la Humanidad, sino para que los desheredados reivindicuen muchos derechos y caminen con paso rápido a la conquista de su liberación.

El proletariado español debe entrar resueltamente por el camino que mejor conduce a la realización de sus aspiraciones inmediatas y finales. No hay, no, que abandonar la acción económica, ni tampoco la cooperativista. Lo que hay que hacer es dar a éstas la parte que su importancia exige, y toda la demás, por entero, consagrarla a la lucha política.

Por tanto, al celebrar hoy la fecha gloriosa en que nació la Primera Internacional y al protestar contra la guerra, tengamos presente que ya entonces, en 1864, se patentizó la necesidad de la acción política del proletariado; que en la Segunda Internacional se reconoció la gran importancia de esta acción, y que ahora los hechos han demostrado que es la fuerza más potente para quebrantar el régimen patronal o capitalista y, sobre todo, para desbaratar los criminales propósitos de los que negocian lanzando a unos pueblos contra otros y llenando de luto y de dolor a millones y millones de seres.

Pablo IGLESIAS

Lo que Marx es para nosotros

(De una carta dirigida a la juventud socialista.)

Marx era grande, no sólo como maestro, sino también como «imagen ejemplar». Acerca de él tanto se puede hablar a los cerebros como a los corazones del proletariado militante. Marx no sólo fecundó nuestro pensamiento, encendió también nuestro entusiasmo.

Y sobre la juventud, si ejerce potente influencia la teoría árida, tampoco puede ser despreciado el ejemplo personal, la sociedad de los hombres en que vive.

Y a esta sociedad pertenecen, no sólo aquellos seres con los que se está en contacto personal, sino también las figuras animadas de vida con que los grandes poetas, y precisamente los dramáticos, nos hacen conocer a los héroes de la historia. Merced a la poesía y a la historia nos es

dada la posibilidad de circundarnos de la sociedad más selecta, con lo mejor de cada tiempo. Pero es natural que nos fascinen más directamente aquellas de dichas figuras que luchan nuestra misma lucha.

Y Marx era un luchador de los más excelsos. Raramente se unen en una misma persona las cualidades que él reunió en suma grado: pasión ardiente, revolucionaria, y crítica áspera, fría; entusiasmo que se convertía en tempestad que subía hasta el cielo y resistencia tenaz; inteligencia universal y odio contra toda bajeza y toda infamia; consentimiento caluroso hacia todo el que sufre y profundo conocimiento científico, jamás disminuido por ningún sentimentalismo.

Así era Carlos Marx, el tipo más perfecto de luchador y pensador; un ideal de macho—en el más noble sentido de esta palabra—, cuyo sentido también encierra el hecho de que entre los mejores hombres las mujeres arrojan un respetable contingente.

Estudiemos, no sólo las obras de Carlos Marx, sino también su vida; imitémosle y haremos lo mejor que nos es dado hacer con nuestros esfuerzos.—CARLOS KAUSKY.

Paz y trabajo

Dinamarca es el primer país del mundo que aborda el problema de la paz de una manera práctica. El Gobierno socialista danés los ha planteado, ofreciendo, como medio y única solución, el desarme y licenciamiento de sus fuerzas militares.

La paz armada representa, para los pueblos todos, un peso muerto que agobia, que aniquila económicamente.

Así lo han entendido también los delegados a la Conferencia de Londres, que han dejado entrever, en sus deliberaciones sobre el plan Dawes, algo que nos conforta y nos hace concebir esperanzas de futuras situaciones de paz y trabajo irreconciliables.

Todo efecto es, desde luego, consecuencia de una causa que lo produce.

La guerra no podría producirse si no contasen los pueblos con esos ejércitos permanentes que consumen una gran parte de sus Presupuestos y restan de la producción la juventud vigorosa, nervio principalísimo del trabajo y de la riqueza.

Porque así lo entienden los socialistas, laboristas y demás elementos democráticos que hoy actúan en los Gobiernos de la mayor parte de los pueblos, se labora serenamente por acabar con toda posibilidad de guerra, reduciendo en principio los armamentos.

Las guerras, después de la pasada europea, que ha dejado aniquilados para muchos años a casi todos los pueblos del mundo, beligerantes o no, no podrán ser en el porvenir si la Sociedad de las Naciones toma el acuerdo del licenciamiento de los ejércitos permanentes, cuya existencia de por sí provoca el recelo e induce al temor de posibles contiendas interfronterales.

Matearse los hombres por desacuerdos diplomáticos o hegemonías comerciales, después de los horrores que han pasado desde el año 1914 al 1919, sería una locura, una monstruosidad inconcebible.

El Socialismo cumplirá con su humanitaria tarea de producir la paz a medida que vaya desarrollando su acción en el gobierno de los pueblos. La guerra y la paz armada desaparecerán por la influencia benefactora de los socialistas para no ser posibles más en el mundo.

La Humanidad, sumamente castigada en sus últimos empeños bélicos, no quiere ya más guerras. Ha sufrido demasiado para dejar de interesarse por una paz definitiva.

Se han dado cuenta los pueblos de que la guerra no reporta sino desolación y muerte. Lo mismo triunfadores que vencidos sufren las consecuencias de toda contienda. La última lección ha sido harto dolorosa para no aprovecharla.

Las mujeres de todos los países y, sobre todas, aquellas que vieron marchar a la guerra a sus padres, hermanos y conocidos para no volver o retornar mutilados de los frentes de batalla, son las mayormente obligadas a secundar la iniciativa de las Internacionales Sindical y Socialista, creando ese ambiente de predisposición en los hombres y en los hijos en contra de toda tentativa bélica.

Son las madres todas, pertenezcan a ésta o la otra clase social, las que deberán desarrollar su actividad en favor de la paz, que en beneficio de todos y para todo el mundo demandan los socialistas.

La mujer, como madre, no puede admitir la guerra; sabe por dolorosa experiencia que ésta le arrancará, si se produce, pedazos de sus entrañas, la carne de su carne, para servir de blanco a los mortíferos Krupp y Schneider.

La guerra debe representar para las mujeres el truncamiento de todos sus afanes de familia, por encima de la cual y de sus afectos maternos no puede haber nada más sagrado en el mundo.

Es preciso, es altamente humano y de conveniencia colectiva, que las luchas sangrientas de pueblo a pueblo no se vuelvan a producir.

La mujer, en general, debe contribuir a que no sean posibles ya más guerras, más fratricidas humanas que horripilan al solo pensamiento de cómo y por qué se han producido.

¡Basta de guerras! Acaben los pueblos con la paz armada, como lo pretende el Gobierno danés y se desprende de las soluciones confraternizadoras del plan Dawes.

¡Exclamemos todos en este día, ante la fundada esperanza de una paz irrompible, universalmente deseada:

¡Viva la Paz y el Trabajo! ¡Viva el Socialismo internacional!

María CAMBRILS

Si la empresa es grande, también somos muchos los que debemos realizarla.

Sacrifiquémonos por la paz

La guerra europea nos ha demostrado lo fácil que es a los especuladores de ella el apoderarse del cuerpo y del alma del pueblo, desencadenando sus instintos atávicos. Por eso resulta pueril hablar de la huelga general como medio definitivo contra la guerra. El acto material que la clase obrera haya de emplear para impedirlo no creo se pueda previamente determinar.

Lo que no deja lugar a dudas es la existencia entre los trabajadores organizados de prejuicios y la necesidad de luchar contra ellos hasta destrerrarlos.

Dentro del proletariado hay alguna heterogeneidad de psicología, educación, nivel de vida, de tendencias; de calificado o no, dentro de la industria. Además, como consecuencia del régimen capitalista, esa heterogeneidad se manifiesta en lo que se refiere al mercado de la fuerza de trabajo como vendedores de esa mercancía.

La competencia entre los obreros de una misma categoría, entre el hombre, la mujer y el niño, entre las industrias nacionales y las extranjeras y entre el obrero consumidor y el obrero productor, queramos o no, ha ido creando en el proletariado un estado de conciencia propicio a dejarse arrastrar por los cantos de sirena que la burguesía y sus cómplices dirigen a lo que ellos llaman «dignidad nacional», «expansión comercial», «conquista de nuevos mercados», «política aduanera proteccionista», etc., todo lo cual induce a creer erróneamente en la existencia de una relativa solidaridad entre el proletariado y la burguesía.

Pues bien; estos prejuicios son los que debemos atacar con una educación tendente a crear una nueva mentalidad en la clase obrera que le permita distinguir en cada caso cuáles son sus intereses y cuáles los de su enemigo común, o cuáles pueden ser solidarios, al mismo tiempo que la haga comprender bien el valor del ideal, y así se disponga, cuando sea necesario, a sacrificar algunos intereses inmediatos en aras de aquél.

Si a la educación que tenga por objeto elevar los sentimientos de todo ciudadano, hasta el punto de considerar un crimen sólo el intento de una guerra entre los pueblos, se le da una dirección hacia la anulación de algunos prejuicios que nos dominan, podremos adelantar mucho en la labor de pacificación que nos proponemos.

Francisco L. CABALLERO

Justo homenaje

«El Consejo federal de la Región Española, a los federados y a todos los trabajadores de España. Con este encabezamiento, en 31 de enero de 1872, publicó un manifiesto la «Asociación Internacional de Trabajadores», Sección Española, firmando el siguiente Consejo federal:

El secretario económico, Inocente Calleja (platero).

El secretario de la comarca del Norte, Pablo Iglesias (tipógrafo).

El secretario de la comarca del Sur, José Mesa (tipógrafo).

El secretario de la comarca del Este, Anselmo Lorenzo (tipógrafo).

El secretario de la comarca del Oeste, Hipólito Pauly (tipógrafo).

El secretario de la comarca del Centro, Victor Pagés (zapatero).

El secretario general, Francisco Mora (zapatero).

Es decir, hace cincuenta y dos años, el que hoy todavía dirige nuestro diario y preside los Comités Nacionales de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español era ya secretario de una de las regiones de la Internacional en nuestro país, sin que desde esa fecha haya dejado de actuar en el más puro terreno de la lucha de clases, defendiendo la causa del proletariado.

Es una historia que honra a un partido y a una clase. Con orgullo lo hacemos constar, bien seguros de que todos los trabajadores conscientes y cuantos en España aman las ideas de progreso y de justicia se unen con nosotros en este modesto homenaje al hombre íntegro cuya vida, por entero, sin defecciones ni claudicaciones, se ha consagrado a la defensa del ideal socialista.

También figura entre los firmantes de ese manifiesto uno de los nuestros más queridos, que la muerte nos ha arrebatado hace unos meses: Francisco Mora.

Contra él, como contra Iglesias, en los años de la Internacional y después de los primeros años de la vida del Partido Socialista, se ensañaron los odios de los anarquistas.

En vano fueron calumniados. Mora, tan socialista el día de su muerte como lo fué siempre, ha dejado un ejemplo de constancia y de fe que los jóvenes debemos de seguir sin vacilaciones.

Su vida, reflejada a través de la actuación del Partido, fué un constante sacrificio en honor de las ideas, que no olvidaremos los obligados a proseguir su obra.

Constitución del Partido Socialista en España

El 22 de agosto de 1888 se celebró la sesión preparatoria del Congreso en que quedó constituido el Partido Socialista Obrero Español.

Presidió José Comaposada y actuaron de secretarios José Cuadradas y F. Martínez Andreu.

Después de acordar que las sesiones del Congreso se celebraran por la noche, de nueve a doce, a fin de que pudiesen asistir a ellas mayor número de obreros, se nombró una Comisión permanente encargada de emitir dictamen sobre las actas de delegados, siendo elegidos los compañeros Comaposada, Rocaforat y Liesny.

Se nombra otra especial encargada de revisar las actas de los que componen la anterior, quedando compuesta por los compañeros Cortés, Vidal y Cuadradas.

También se nombra una Ponencia para que emitiese dictamen acerca de los puntos 3.º, 4.º y 6.º del orden del día, siendo nombrados los compañeros Iglesias, Perezagua y Martínez.

El día 23 se verifica la primera sesión del Congreso, presidida por Antonio García Quejido, de secretarios actúan Cuadradas y Cortés. Acto seguido la Comisión de actas lee el dictamen declarando delegados a los compañeros siguientes:

Félix Vidal, por la Agrupación de San Martín de Provensals; Antonio Cortés Victoria, por la de Valencia; Basilio Martín Rodríguez, por la de Tarragona; José Cuadradas, por las de Ripoll, Campdevanil y Guadalupe; Miguel Ferris, por la de Girona; Facundo Perezagua, por la de Bilbao; Pablo Iglesias, por la de Madrid; Juan Páez, por la de Linares; Francisco Mercedes, por la de Manresa; F. Martínez Andreu, por la de Jativa; José Bañall, por la de San Andrés de Palomar; Juan Roldán, por la de San Juan de Vilasar; Toribio Reoyo, por la de Barcelona; Sebastián Casanovas, por la de Cádiz; Montibuy; Antonio García Quejido, por la de Vich.

Acto seguido se leen las actas de los compañeros Sebastián Liesny, José Comaposada y Juan Rocaforat.

La Comisión especial de actas lee el dictamen declarando delegados a los compañeros siguientes:

José Comaposada, por la Agrupación Socialista de Málaga; Juan Rocaforat, por la de Matagorda; Sebastián Liesny, por la de Roda.

Después de leído lo antecedente se declara constituido el Congreso.

García Quejido, que preside, invita a los delegados a que nombren Mesa de discusión del Congreso, proponiendo el compañero Iglesias que continúe la misma. Así se acuerda.

Después de acordarse que se celebrará un mitin público de propaganda socialista en Barcelona el día 26, aprovechando la estancia de los delegados al Congreso, se entra en el orden del día.

ma de las leyes de Inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directamente a lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Anulación de todos los contratos enajenando la propiedad pública (ferrocarriles, minas, arsenales, etc.) y explotación de todos los talleres del Estado por las Sociedades obreras.—Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de los directos en un impuesto progresivo sobre las rentas o beneficios mayores de tres mil pesetas.—Y cuantas conducan al término de la esclavitud obrera.

Terminada la lectura, Iglesias apoya lo propuesto, indicando que se han suprimido algunos puntos, alterado unos y añadido otros nuevos, quedando aprobados por unanimidad tal como se han presentado.

Aprobados por el Congreso las aspiraciones y el programa mínimo del Partido, se pasa a discutir los puntos 3.º y 4.º del orden del día, que son: «Actitud con los partidos burgueses» y «Conducta del Partido Socialista en las huelgas».

La Comisión encargada de emitir dictamen presenta las siguientes conclusiones: Al punto 3.º: «Considerando que el Partido Socialista Obrero, al proclamar la lucha de clases como medio para lograr la emancipación de la clase desheredada, se ha colocado en abierta oposición con todos los partidos defensores del régimen social presente, que niegan y combaten dicha lucha».

Que los partidos burgueses, desde el más retrógrado al más avanzado, son los representantes políticos de la clase explotadora; que todos ellos, sin excepción ninguna, defienden la esclavitud económica de los trabajadores, o sea el mantenimiento del sistema del salario, condenando a la par la única solución que puede redimir a la clase obrera, esto es, la transformación de la propiedad individual o privada de los medios de producción en propiedad colectiva, social o común.

El Congreso acuerda: Que la actitud del Partido Socialista Obrero con los partidos burgueses, llámense como se llamen, no debe ni puede ser conciliadora ni benevolente, sino que la viene observando desde su fundación: de guerra constante y ruda.

Respecto al punto 4.º: «Considerando que el Partido Socialista Obrero se propone, además de abolir las clases y alcanzar así la emancipación total de los asalariados, mejorar la condición de éstos, interin las circunstancias y los medios no le permitan derrocar el Poder a la burguesía; que la huelga, o resistencia al capital, es el medio que los obreros emplean en el terreno económico para contener el despojo patronal y hacer menos precaria su situación».

Que la huelga no sólo sirve para mejorar las condiciones materiales de los obreros, sino que despierta también en ellos el espíritu de clase y marca y ahonda el antagonismo entre explotados y explotadores; que la intervención constante de las autoridades en las contiendas entre el capital y el trabajo, para favorecer a aquél, convierte con frecuencia las huelgas en campañas políticas, es decir, en lucha de una clase social contra otra clase.

El Congreso acuerda: El Partido Socialista Obrero fomentará cuanto le sea posible el movimiento de referencia y apoyará con todas sus fuerzas las batallas que libren con los patronos las organizaciones obreras.

Barcelona, 23 de agosto de 1888.—F. Martínez Andreu, Facundo Perezagua y Pablo Iglesias.

Este compañero, con razonamientos basados en la realidad, apoya el dictamen, que es aprobado sin oposición.

Y seguidamente se pasa a discutir la Organización general del Partido, aprobándose en esta sesión hasta el artículo 5.º.

Las demás sesiones fueron dedicadas a la discusión y aprobación de la Organización general, terminando el Congreso el día 25 de agosto, después de un resumen encomendado de la labor realizada, expuesto por el presidente, que lo era Antonio García Quejido.

Guerra a la guerra

Es decir, aprestémonos todos los hombres de buena voluntad a impedir que calamidad tan espantosa pueda jamás reproducirse.

Mantengamos latente la visión del cuadro desolador de la pasada conflagración europea, con su horrenda camarería, los horribilísimos incendios, las repugnantes violaciones y los codiciosos saqueos, hechos en los que no sólo se hacía víctima a los beligerantes, si que también a indefensas mujeres, a inocentes niños y a inválidos ancianos.

negristas bélicos, creando una verdadera escuela.

A ella pertenecen Treitschke, quien sostiene que las guerras salvan el Estado de la petrificación social; Claus Wagner, que escribió un libro titulado «La guerra como principio creador universal», y otros varios, entre los que se destaca, por su forma cruda y descamada, Bernhardi, divulgador de las teorías de Treitschke. Bernhardi considera como un espantajo la justicia, y dice: «El mundo político se rige únicamente por los intereses y nunca por ideas filantrópicas de carácter general. La justicia—dijo Goethe con gran acierto—es una cualidad y un fantasma de los alemanes.» Y descarta la idea de lo justo y de lo injusto, aplaude con entusiasmo aquella frase de Federico el Grande de «que los derechos de los Estados sólo se pueden mantener a viva fuerza».

Pero donde mayor cinismo alcanza el lenguaje de Bernhardi es cuando al justificar la lucha de unos hombres contra otros, dice:

«El individuo DISTA MUCHO DE DEJARSE GUIAR ÚNICAMENTE POR LA CONCIENCIA DEL DERECHO. El trabajo y la lucha por la existencia están determinados en muchos hombres, indudablemente por

motivos ideales y desinteresados, pero en proporción mucho mayor son las pasiones menos nobles—el deseo ardiente de posesión, de honores, la envidia y la sed de venganza—las que DETERMINAN LAS ACCIONES HUMANAS. Y todavía más frecuentemente quizás son los apuros de la vida los que hacen descender, aun a las naturalezas mejor dotadas, a la lucha universal por la existencia y el goce.»

En esas cínicas palabras no puede darse mayor razón al Socialismo, que suprime los apuros de la vida, y haciendo del hombre solidario del hombre, y no su rival, como el sistema capitalista, hará que todos se rijan «únicamente por la conciencia del derecho», sin las pasiones menos nobles, que no tendrán motivo de subsistir, porque todos hallarán satisfacción a sus necesidades y a sus anhelos.

De modo que hay que inteligenciar a todos cuantos por un motivo u otro sean contrarios a la guerra al objeto de impedir que se produzca; pero mayor empeño hemos de poner en ganar conciencias para el Socialismo, única garantía de la paz universal.

Francisco SANGHIS Valencia.

Recuerdos de un setentón Un superviviente.

Este superviviente es un servidor; y como esta ingenua declaración, al tratarse de conmemorar el sexagésimo aniversario de la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, revela una longevidad que ya pasa de la marca ordinaria, no tengo empacho en manifestar que, al contrario de lo que generalmente hacen las señoras cuando ya llegan a la categoría de «jamonas», que con el mayor desenfado merman decenas de años en su cédula personal, yo tengo la coquería de hacer gala de aproximarme ya a la respetable suma de los «cuatro duros», según la castiza cuenta cronológica de nuestros respetables antepasados, aunque no sea más que para estimular a nuestra juventud para que haga lo posible por seguir y aun sobrepasar mis huellas.

Consta ya, pues, que he tenido el alto honor de haber sido miembro de la primera y famosa Asociación, y que en este momento no recuerdo que sobrevivan también otros que mi querido maestro Pablo Iglesias, que desde luego se destacó en ella con brillantísimo relieve, y mi coetáneo y entrañable amigo y camarada de oficio José Ros.

Como otros muchos, yo ingresé en la Internacional movido por impulso sentimental: amarrado al potro del trabajo desde muy temprana edad, una inconsciente rebeldía me llevaba a protestar contra el presente régimen de injusticia social, y no bien tuve conocimiento de que la aspiración final de la gloriosa Asociación era la de implantar el reinado de la fraternidad universal, borrando las diferencias de castas, comprendí que mi puesto estaba en sus filas, siquiera mis pocos años y mi carencia de aptitudes relevantes hubieran de mantenerme en la obscura esfera del montón innominado.

Si al trazar estas breves líneas no fuera otro mi propósito que el de evocar una efeméride que tan hondo surco ha dejado en la historia del mundo del Trabajo, cuántas cuartillas podría llenar rememorando hechos que acuden a mi mente y que de seguro no dejarán de aparecer en trabajos de este número extraordinario de EL SOCIALISTA.

En tan largo lapso de tiempo como el transcurrido desde la primera Internacional hasta nuestros días, qué de sucesos trascendentales han conmovido las naciones! Aparición de la memorable Asociación, que suscita el anhelo de redención de los oprimidos y motiva el pánico de los opresores; lamentable escisión en la misma entre aliancistas y «autoritarios», que al debilitar tan poderoso organismo de lucha, origina más tarde su total desaparición, tras de encomadas pugnas entre las dos ramas desgajadas del que fué tronco robusto; creación de la segunda Internacional y aparición de los Partidos Socialistas, ya depurados de antiguos virus corrosivos y con programa definido y científico que los conduce con paso firme a los triunfos que hoy avaloran su ejecutoria; guerra cruenta entre los imperios francés y alemán, que termina con la desmembración del primero y que motiva la proclamación en París de la «Commune», en la que figuraron prestigiosas personalidades de la Internacional; caída sangrienta de aquélla, con la inmolación por el feroz Thiers de millares de heroicos comunales, y, por último, nueva guerra mundial en 1914, en la que son sacrificados millones de combatientes y que en sus trepidaciones arrastra imperios y monarquías y de cuyos escombros surgen repúblicas más o menos democráticas, apareciendo entre ellas con más trágico relieve la que, al derrocar el odioso zarismo moscovita, fué saludada con vítores universales del proletariado, y después ha sido causada de una profunda división de las fuerzas revolucionarias, que al cabo de luchas fratricidas hoy van reaccionando en el sentido de una potente homogeneidad que las capacita para próximas victorias definitivas.

Y ahora, hecha esta rápida e incompleta excursión histórica, allá va una anécdota periodístico-tipográfica, que no deja de tener su «mitja» de moraleja.

Era en 1874. Trabajaba yo como cajista en el periódico «La Epoca», cuyas imprenta y redacción estaban establecidas en la calle de las Torres, hoy del Marqués de Valdeiglesias, título que le fué otorgado por Cánovas a don José Ignacio Escobar, director y copropietario de dicho periódico. Compartía con dicho señor la propiedad del diario don Diego Coello y Quesada, embajador de España más de una vez en la Corte del rey Víctor Manuel, y por cierto paisano mío (no el rey, el embajador).

Ardua por entonces la guerra de Cuba y los filibusteros publicaban en París una magnífica revista ilustrada, «El Americano», que hacía una tremenda campaña antiespañola. Residiendo en dicha capital francesa el señor Coello, concibió el propósito de publicar allí otra revista del mismo tipo que contrarrestara los furibundos ataques de la mencionada; mas como la empresa era costosa, ya que incluso quería instalar imprenta para la publicación, dirigióse en demanda de patriótica ayuda al tristemente célebre general Cabrera, que había casado con una millonaria dama inglesa, y que en principio no se mostró esquivo a desempeñar el papel de «caballo blanco».

Pero... ¡oh decepción! Llegado el momento del «apocuínen», el invitado caudillo carlista se llamó «andana», y el archipatriótico plan vino abajo como castillo de naipes.

Antes de esto, y creyendo el señor Escobar que la cosa marchaba como una seda, requirió un tipógrafo para que se encargara de la nonata imprenta, y tuve yo la fortuna de ser el designado. Con este motivo conversé con él varias veces, llegando hasta a formalizar una especie de contrato, y creo que no le fuí del todo antipático.

M. GOMEZ LATORRE

La Unión General de Trabajadores: Su origen.

Hoy, que dedicamos EL SOCIALISTA a conmemorar la fecha de la constitución de la Internacional Socialista y a la campaña contra la guerra, nos ha parecido oportuno consagrar algún espacio, a fin de dar a conocer a los obreros el origen de nuestra Unión General de Trabajadores.

Como verán los compañeros, la iniciativa partió de algunas Sociedades obreras de Mataró, como lo demuestra la comunicación que a continuación transcribimos:

«Centro de Clases de Mataró.—Compañeros del Centro de Clases de Barcelona.—Salud.

Compañeros: Considerando que la crisis actual va revisando de día en día un carácter alarmante, tomando proporciones verdaderamente amenazadoras, y tendiendo a llevar sobre nuestras familias la desolación del hambre más espantosa; sin expectativa de recursos; sin medios propios y adecuados para hacer frente a la situación precaria, que va minando poco a poco nuestro trabajo, ya bastante fatigoso e improductivo para nosotros; considerando que se acerca el día en que carezcamos de un pedazo de pan para alimentar a nuestras esposas y a nuestros hijos; considerando que por nuestra parte estamos obligados a prevenir en lo posible los desastrosos efectos de la necesidad, antes que el mal sea incurable y las consecuencias fatales, y considerando que, según nuestro modo de ver, la crisis obrera tiende a aumentar en lugar de disminuir;

Este Centro, en reunión del día 4 del actual, acordó por unanimidad hacerlos presente que urge el que las clases obreras tomen una resolución pronta y enérgica, puesto que nosotros creemos que con la celebración de un Congreso Nacional de todas las clases trabajadoras podría encontrarse un medio conducente a remediar nuestro mal.

Este Centro os delega para que, si lo creéis conveniente, toméis la iniciativa para la celebración de dicho Congreso.

Esperando vuestra resolución, este Centro os desea salud y revolución social. Mataró, 12 de agosto de 1888.—Por este Centro: el secretario (firmado), Juan Torrén.

(Sellos) Sociedad Fraternal de Oficiales Albañiles, de Mataró y sus contornos.—Unión de Preparadores, Hiladores y Tejedores, de Mataró.—Sociedad de Cerrajeros y Fundidores, de Mataró.—Sociedad Vidriera, de Mataró.—Sociedad de Obreros Curtidores, de Mataró.—«La Fraternal», Sociedad de los Vidrieros, de Mataró.

La anterior comunicación hizo que la organización obrera de Barcelona nombrara una Comisión organizadora, la cual, después de ocho sesiones, formuló la siguiente convocatoria:

«Congreso Nacional Obrero de Barcelona.—Comisión Ejecutiva. A los trabajadores.

Compañeros: Los delegados de las clases obreras de Barcelona y su radio adyacentes al Congreso Nacional han acordado que la fecha del mismo sea los días 12, 13 y 14 de agosto próximo.

En su consecuencia, esta Comisión espera de las Federaciones, Sociedades, Centros y Agrupaciones obreras adheridas, así como de las que gustan tomar parte en el mismo, se sirvan nombrar los delegados que hayan de representarlas, a los que deben proveer de la correspondiente credencial, en la que harán constar el número de asociados que cuenta (1), expresando separadamente los que trabajan y se hallan parados.

Las Federaciones, Centros Obreros, Agrupaciones o localidades que se unan para nombrar delegados deben hacer constar en la credencial las Sociedades y localidades que representan, con el número de asociados de cada Sección o el de las localidades, donde no hubiere más que una de las primeras y dos o más de las últimas.

Los delegados deben estar en Barcelona la noche del día 11 del próximo agosto, presentándose en la calle de Tallers, número 29, piso primero, puerta primera, en cuyo local constituirá la Comisión revisora de actas de delegados los siete primeros compañeros que entreguen sus nombramientos a esta Comisión y reúnan los requisitos indicados.

He aquí ahora el orden del día del Congreso: 1.º Lectura del dictamen de la Comisión revisora de actas de los delegados y constitución del Congreso. 2.º ¿Qué alcance debe tener la Federación Nacional Española dentro de la lucha económica? 3.º ¿Debe formarse esta Federación de Sociedades aisladas, de Federaciones locales, comarcales, regionales o nacionales? 4.º ¿Se debe considerar constituida la Federación Nacional Española después del Congreso y pueden adherirse a la misma las Sociedades que lo deseen? 5.º Si queda constituida, dividiendo mensual que ha de satisfacer cada federado y designación de la localidad donde debe nombrarse y residir el Comité directivo. 6.º Relaciones que debe establecer la Federación con los trabajadores de todos los países; y 7.º Asuntos y proposiciones generales.

Debemos advertir a todos los compañeros que las votaciones se harán por el número de individuos representados y no por el de delegados, y que, por lo tanto, no debe olvidarse hacer constar en las credenciales el número de asociados de cada Sección.

«Por unanimidad queda acordado declarar constituida la Federación Nacional Obrera y proceder al nombramiento de una Comisión, compuesta de cinco individuos, que presente al Congreso un proyecto de la organización por que ha de regirse.

Procedése a la designación de los delegados que han de formar la Comisión de organización, y resultan elegidos los compañeros Reoyo, Orrioles, Iglesias, Carbonell y Senra.

Estos compañeros presentaron a la sesión siguiente, 13 de agosto, un dictamen en el cual se modificaba el título del organismo que se iba a constituir. Dicho dictamen comenzaba de esta manera:

«La Comisión que suscribe, en cumplimiento del encargo que recibió del Congreso, presenta al mismo el siguiente proyecto de estatutos de la Unión General de Trabajadores de España.»

Puesto a discusión el referido dictamen, y según consta en acta, la resolución tomada fué la siguiente:

«Se da lectura del título, primer punto del dictamen que debe informar la organización obrera; después de una ligera discusión, se aprueba que éste sea «Unión General de Trabajadores de España.»

En el Congreso tomaron parte las siguientes Sociedades: Unión de Obreros en Madera, de Madrid.—Pulidores Marmolistas, de Barcelona.—Centro local de Vich (Curtidores, Cerrajeros mecánicos, Tres clases de vapor, Carpinteros y Alparateros).—Centro local de Manresa (Tres clases de vapor, Albañiles, Carpinteros, Curtidores, Cisteros en seda).—Pinadores a mano, de Barcelona y contornos.—Estampadores, de Barcelona y contornos.—Herreros mecánicos, de Barcelona y sus contornos.—Vidrieros en vidrio común y medio cristal).—Tres clases de vapor, de Mataró.—Albañiles, de Tarragona.—Federación Tipográfica Española.—Sociedad de Tejedores en seda de Barcelona y sus contornos.—Estuadores, de Barcelona.—Cilindros y Aprestadores, de Barcelona y contornos.—Carpinteros, de Gracia y contornos.—Oficinas de fusión de agua y ramos anejos.—Tejedores mecánicos, de Cádiz de Montibuy.—Sociedad de Picapedreros, de Barcelona.—Torneros en mármol, y Centro de Electricidad.

El Comité residió en Barcelona hasta septiembre del año 1890, que por acuerdo del VI Congreso se trasladó a Madrid.

La historia posterior de la Unión General de Trabajadores, llena de hechos gloriosos para el proletariado español, no es necesario hacerla en este momento. Ocasión habrá para ello, cuando se han sacrificado por la noble causa del Trabajo.

Dos pensamientos inéditos de Kautsky

Estos dos pensamientos del gran defensor del Socialismo, Carlos Kautsky, se publican en breve, por primera vez, en la revista austriaca «Kampf», que edita Federico Adler.

En la monarquía militarista, cuando el monarca no es un brillante conductor de sus ejércitos, como lo fueron Napoleón I o Federico II, se convierte, no en señor de sus tropas, sino en prisionero de sus generales.—KAUTSKY.

El bolchevismo demuestra cada día más su aspiración de imitar a la Iglesia católica, con su inquisición y su jesuitismo. Para ello va introduciendo perfectamente el culto por las reliquias. Después de no haber quemado el cadáver de Lenin, cual correspondía a un hombre de espíritu moderno, sino que fué embalsamado como el de un santo católico o el de un Hubsburgo, los bolcheviques reclaman los restos de Marx para transportarlos a Moscú y adorarlos.

Engels parece que había presagiado a los bolcheviques cuando expresó el deseo de que su cadáver fuera quemado y arrojado las cenizas al mar, a fin de evadirse de que sus huesos fueran adorados como una reliquia.

Yo deploro no haber muerto en el año 1917 para que los comunistas hubieran puesto mano también sobre mi cadáver y organizado peregrinaciones ante mis restos mortales.—KAUTSKY.

Los socialistas españoles nos felicitamos mucho de que Carlos Kautsky viva y angustiosamente en interés nuestro y del Socialismo Internacional que este gran maestro sobreviva a los errores, horrores y aberraciones del sovietismo ruso.—N. de la B.

Cafés tostados SANGAY Costa Rica SANGAY Conde de Romanones, núm. 15. Venta exclusiva del café tostado SANGAY núm. 1.

Carlos Kautsky, a los tra- bajadores españoles :

En estos momentos tenebrosos por que pasa el mundo, surge en la inmensidad de la noche como faro gigantesco la luminosa y venerada figura del más grande maestro de los supervivientes de la Primera Internacional, del más ilustre vulgarizador del Socialismo científico de Marx y Engels, la figura de Carlos Kautsky. Ese coloso del pensamiento humano, que cuenta con medio siglo de obra teórica y de acción práctica en favor de la redención de la Humanidad, sin que se vea dividida en clases, ha tenido la bondad de conceder su fotografía para este extraordinario de EL SOCIALISTA y enviar un fraternal saludo a los camaradas españoles.

veo cuánto produces sobre tu mesa de trabajo...

Pero sus últimas obras, sus más recientes escritas están frescos de pasión, son



viriles, profundos, instructivos, como siempre.

Todo lo que hoy sucede en el movimiento nuestro es, en parte, obra de Kautsky. ¡Su pensamiento es acción, su acción es vida, su vida es redención!

Viena.

I. B.

en las filas proletarias, a título de «más revolucionarios»... como hoy todavía, prestando con ello un gran servicio a los Gobiernos representativos de la clase patronal, los que ya desde la fundación de dicho organismo le venían persiguiendo, acabando al fin con la Internacional, declarada fuera de la ley, lo que no les fué difícil al encontrarse con un auxiliar tan eficaz como lo era la propaganda destructora que realizaban los devotos de la mal llamada «Alianza», acudidos por el anarquista Bakounine.

Después de un pequeño lapso de tiempo, en que parecían dormidas las fuerzas revolucionarias de los trabajadores, surgieron éstos de nuevo a la lucha con más pujanza que antaño, y la organización política de clase fué proclamada desde el primer momento, ratificándose la línea de conducta trazada por los primeros internacionalistas, en los pueblos más adelantados de todo el mundo.

Constituyóse el proletariado en partido político de clase y se encontró, por desgracia, con elementos obreros que, por su temperamento o por motivos no siempre disculpables, propagaron la teoría burguesa y reaccionaria de que los trabajadores vivan separados de la política, como siempre lo han hecho y lo siguen haciendo, aun sin llamarse revolucionarios, los que ignoran la causa de los males que padece el proletariado en el régimen económico presente, con lo que se deja el campo libre a los explotadores y políticos profesionales, y aun hoy insisten en esa tarea de dividir a los trabajadores los que han sucedido en esa mala empresa a los antiguos «aliancistas», cuando tienen ya más fuerza estas palabras del citado Manifiesto inaugural de la Internacional Obrera, que dicen:

«Este partido (el de los trabajadores) posee un elemento de triunfo: tiene el número; pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber.»

Afortunadamente, el progreso no pasa en balde, y hoy la clase obrera ya posee una cultura, si no la suficiente para saber cumplir con todos sus deberes a conciencia, lo bastante para la de cincuenta años atrás para no dejarse otra vez adormecer por palabras huecas ni arrebatar por cánticos chillones que se quieren hacer pasar por revolucionarios.

Nuestras actuales Internacionales, la Socialista y la de Amsterdam, formadas por las mejores organizaciones obreras y socialistas del mundo, con las mismas bases de la Primera Internacional, actuando en el terreno económico y en el político y sumando millones de trabajadores atraídos por la elocuencia de los hechos que proclamaban el triunfo de la táctica que aquellas siguen, y que es en la que siempre se han inspirado nuestra Unión General de Trabajadores y nuestro Partido Socialista Obrero, constituye la mejor réplica a los que, titulándose políticos o intentando descaradamente, fieles a Moscú, dividir las fuerzas obreras, tratan de destruir lo que, obra del progreso, afianzado por la unión y el saber, representa la fuerza que pondrá fin al pre-

La revista científica RADIO-CIENCIA POPULAR debe ser leída por los amantes de las ideas progresivas.

CUENTOS LINERA Unico para premios y regalos a los niños. Un tomo de 30 cuentos (siete series distintas) 0,30 pesetas. Catecismo humano socialista 0,10 — Ramito (de lectura para la infancia) 2,00 — El abuelo (colección de 30 cuentos) 2,00 — Los dos caminos (32 cuentos) 2,00 — De venta en las librerías. Depósito: San Lucas, número 5.-Madrid.

Bebed la deliciosa sidra champagne EL GAITERO Villaviciosa (ASTURIAS)

dominio político de la clase explotadora. Si el pasado ha de servir de lección para el presente y el futuro, los acontecimientos en que ha sido protagonista la clase trabajadora, después de la Primera Internacional, le servirán de enseñanza para no incurrir en pasados errores, haciéndose cada día más fuerte en posiciones políticas y económicas, baluartes desde los que puede batir briosa y ventajosamente al enemigo común: el capitalismo.

Una carta de Engels

Querido Amigo... El momento en que se solicita la abrogación del artículo 291 y en que esta cuestión va a ser objeto de debates legislativos, no carece de interés llamar la atención acerca de la importancia de esta abrogación. Escrito esto como prefacio a la primera edición, en 10 de mayo de 1870, al publicarse la tercera edición, en 10 de junio de 1871, en que ya se habían producido los hechos de la «Commune», añadía el autor lo siguiente: Los acontecimientos no han hecho sino justificar nuestras previsiones. Es la Internacional, y solamente la Internacional, quien ha suscitado y dirigido la insurrección de 18 de marzo: es ella también quien ha provocado los motines de Lyon, Marsella, Narbonne, Saint-Etienne y Le Creuzot, Leed «La Igualdad», órgano oficial de las Secciones de la Suiza romanda (número de 27 de mayo de 1871) y quedaréis convencidos de que la Internacional y la Commune de París son una misma cosa. En una próxima obra expondremos, documentalmente, las actuaciones de la Internacional, y veremos cómo ha podido desarrollarse y crecer a favor de nuestros desastres y del profundo desarrollo que tiene en el país: señalaremos su actitud en París durante el sitio y más tarde, en el período insurreccional, en Lyon, el 23 de septiembre de 1870, el 23 y 30 de abril de 1871; en Creuzot en el mes de marzo, etc., etc. Explicaremos en qué circunstancias ha sido reorganizado el Consejo Federal de las Secciones parisienses; informaremos acerca del apoyo y el concurso que ha encontrado en una parte de la guardia nacional. Estudiaremos las maniobras revolucionarias de la Internacional desde el mes de septiembre de 1870. Seguiremos a sus delegados en el extranjero y en nuestros principales centros industriales. En una palabra, enteraremos al lector de todos los hechos y actitudes de la Internacional desde el mes de junio de 1870 hasta el mes de mayo de 1871. La Internacional proclama hoy grandemente a la opinión pública: en una reciente circular, el ministro de Negocios Extranjeros llama la atención de Europa acerca de los peligros que presenta una Asociación tan pujantemente organizada. El momento es imperioso: si medidas radicales y energías no se toman por Francia de concierto con los demás Gobiernos, la revolución social triunfará muy pronto, y dentro de algunos años, tal vez de meses, asistiremos, impotentes y desarmados, al espectáculo de incendios, de pillajes y de actos de infamia análogos a los que acaba de presenciar París. La Internacional es un verdadero ariete nuestro más imperioso deber es combatirla vigorosamente, ya que con ello va la propia existencia de la sociedad misma. ¡Burgueses y capitalistas: vuestros días están contados! Os toca velar y estar sobre aviso! ¡No hay tiempo que perder! En cuanto a mí no desartaré de mí puesto, y cuando llegue el momento, sabré luchar hasta el final. No abandonaré las armas hasta que la Internacional haya perdido su derecho de ciudadanía en Europa. ¡Verdad que la prosa de Testut es muy parecida a la de ciertos articulistas de estos días? Velando por la tranquilidad del capitalismo, su imaginación calenturienta es dominada por el miedo, y viendo ya contados sus días se convierten en delirios... hasta de lo que todo el mundo sabe: que el Socialismo va contra el actual régimen de cosas y que interviene en la política para transformar el orden social. La actitud de estos ladradores de la burguesía nos recuerda aquel mítológico can Cerbero, que tenía tres cabezas y estaba de portero en los infiernos, monstruo que Dante nos describe en su Canto VI, diciendo: Cerbero, fera crudele e diversa, con tre gole caninamente latra sopra la gente che quivi è sommersa.

Nuestro amigo Guillermo Mora nos ha facilitado la carta que reproducimos, dirigida por Federico Engels, en 1871, a nuestro camarada Francisco Mora, fallecido hace unos meses. De haber vivido nuestro correligionario Mora, este número de EL SOCIALISTA hubiera aparecido con algunas impresiones personales suyas, ya que durante tantos años vivió intensamente las luchas de la organización obrera. Engels, en su carta, se ve que conoce el castellano con mucha dificultad; pero hemos preferido reproducir la carta tal y como fué escrita para que no pierda nada de su carácter.

Victoriano y Fidel González

ANIS DEL RAGIMO

JEREZ DE LA FRONTERA

El Sello instantáneo Yer

Cura en cinco minutos EL DOLOR DE CABEZA

EL SELLO YER cura Cólicos	EL SELLO YER cura Jaquecas
EL SELLO YER cura Dolores de Muelas	EL SELLO YER cura Dolores Reumáticos
EL SELLO YER cura la Gota	EL SELLO YER cura la Gripe
EL SELLO YER cura Dolores Nerviosos	EL SELLO YER cura Dolores de Oídos

De venta en todas las buenas farmacias y droguerías.

La Primera Internacional y la acción política de la clase trabajadora

En 1864 se publicó el Manifiesto inaugural de la Internacional Obrera, y en él se dice que «los señores de la tierra y los señores del capital se servirán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos», llegando a esta conclusión: «La conquista del Poder político ha llegado a ser, por lo tanto, el primer deber de la clase obrera.» Han pasado sesenta años desde que Carlos Marx y sus dignos compañeros en la fundación de la Internacional escribieron y publicaron esas palabras, que con letras de oro debieran figurar en el frontispicio de todos los Centros Obreros del mundo, porque el tiempo, ese gran maestro que no se equivoca, ha confirmado la gran verdad que tales palabras encierran.

Y más adelante, en 1871, la Conferencia de Londres, celebrada por los delegados de las Secciones de la Internacional, en la que estuvo representada España, en su resolución IX, aprobada, considera que «contra el poder colectivo de las clases poseedoras no puede alzarse el proletariado como clase sino constituyéndose él mismo en partido político distinto,

«Que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están unidos indisolublemente.» Si hace más de medio siglo los fundadores de la Internacional habían enfocado tan acertadamente la lucha para llegar a la emancipación de los trabajadores mediante su propio impulso, ¿qué fuerzas ocultas han retrasado esa aspiración suprema de los obreros organizados conscientemente? Aquella Internacional, tan admirablemente asentada sobre bases que parecían indestructibles, la minaron las ruinas pasiones de los hombres que provocaron la primera escisión

CARBONES SEGOVIA

ENCINA: Despacho, 23 céntimos kilo, desde 5; CISCO, 11, desde 5.—Domicilio: ENCINA, 40 kilos, 10 pesetas; CISCO, 5,50; PICON, 8 pesetas; HERRAJ, 10; ZARAGALLA, 8,25; BOLAS-ENCINA, 6,50; COK, 5; OVOIDES, 3,50; ANTRACITA, 5,25; GRANADILLO, 4 pesetas.

Peso exacto garantizado

Almacenes: Peñuelas, número 10.—Teléfono M-504

Ventas por mayor y menor en Almacén

DESPOCHOS: San Vicente, 3 (frente al Tribunal de Cuentas).—Valencia, 2.—Alberto Aguilera, 47.—Barco, 13.—Calatrava, 16.—Embajadores, 37.—Pez, 14.—Glorieta de Quevedo, 3.

NOTA.—Con objeto de favorecer a los lectores de EL SOCIALISTA, los carbones de encina que compran en almacén o despachos se les rebajarán 2 céntimos en kilo y 25 céntimos en saco a domicilio, presentando este anuncio.

MAQUINAS SINGER PARA COSER

PARA USO DOMÉSTICO: Con accesorios los más útiles y perfectos para producir toda forma de costura.

INDUSTRIAS: La colección más completa de máquinas especiales para cada una de las operaciones de costura.

ESTABLECIMIENTOS SINGER EN TODO EL MUNDO

MONTERA, 18.—MADRID

CASA SESEÑA

La primera de España en trajes hechos o a medida desde 75 ptas.

Capas, Gabanes y Gabardinas.

Cruz, 30. Espoz y Mina, 11.

Orígenes e historia de la Internacional desde Babeuf

La noche del 28 de septiembre de 1864, una multitud inmensa y entusiasta de obreros de la gran fábrica de Londres llenaba por completo la amplia sala de San Martín Hall. En el estrado tomaron asiento algunos emigrados poloneses, ya que el mitin era en favor de Polonia, destrozada y martirizada por el zarismo ruso.

El mitin empezó con el canto melódico y sereno de un coro alemán. Terminado el canto, un radical inglés, sincero demócrata, defensor de los alborotos de Londres, que habían estado en huelga apenas antes, el profesor Beesley, elegido presidente, pronunció una breve y viril plática en favor de los pueblos oprimidos: «Todas las grandes naciones llaman...



CARLOS MARX

Las civilizaciones oprimen a los pequeños pueblos. Los soldados franceses, puestos al servicio del papa, han aplastado a los republicanos en Roma, Rusia martiriza a Polonia, Inglaterra, a Irlanda, la China y la India. Todos los trabajadores del mundo deben unirse para hacer frente a los prejuicios nacionalistas y hacer que reine un poco más de justicia en la tierra.»

Odger, obrero zapatero, secretario del Consejo sindical de Londres, orador fogoso y de buen temple, ocupó luego la tribuna destinada a los oradores, leyendo un manifiesto que días antes los obreros de Londres habían dirigido a los de París.

Tolain, obrero grabador, enardegado por la respuesta de los obreros de París, le sucedió, y cuando el francés Le Lubez hubo traducido el manifiesto, una aclamación delirante saludó aquellas palabras ardientes, salidas del medio de París tan fecundo en idealismo y en audacias revolucionarias y que llegaban al corazón de todos los asistentes al acto. Todos los oradores siguientes exaltaron la declaración francesa, siendo la nota predominante en el resto de la asamblea.

El traductor unió Wheeler dijo que el programa de los franceses era el mejor para defender a los trabajadores, y que procedía nombrar inmediatamente un Comité. En parecidos términos se pronunció el sastre alemán Ecarius, ministro de Carlos Marx y delegado por éste a la tribuna, que se hallaba en la sala observando. Hablaron también el mayor Wolff, secretario del revolucionario romano Mazzini, y Boquet, francés. ¿Qué decía, Puez, la declaración francesa? Simplemente:

«Amigos y hermanos de Inglaterra: Teméis razón; el sentimiento que nos reúne es el índice seguro de un porvenir mejor para la emancipación de los pueblos. Hay que impedir que los Césares que coronan corona de sangre se repartian los pueblos. Un solo pueblo oprimido puede en peligro la libertad de los demás. Un nombre de su dignidad, todo hombre libre o que quiera serlo debe su concurso a sus hermanos oprimidos. Sin duda habrá muchos obstáculos que vencer; más de uno de entre nosotros caerá muerto durante la pelea. ¡Qué importa! La libertad y el progreso, como la tierra, necesitan ser abomados. Cien veces nuestros rifones y preparámonos a morir por la lucha. Es necesario que el pueblo haga oír su voz en todas las grandes cuestiones políticas y sociales, significando así a los despotes que el fin de su tutela tiránica ha llegado. Trabajadores de todos los países que queréis ser libres: ha llegado nuestra hora de celebrar Congreso. Es el pueblo, que reaparece en la escena, consciente de su fuerza, levantándose frente a la tiranía en el orden político y frente al monopolio del privilegio en el orden económico.»

A continuación se examinan los progresos realizados por la industria y el comercio, la miseria imperante entre los trabajadores, y la declaración termina:

«Unámonos, trabajadores de todos los países, para oponer una barrera invulnerable al sistema funesto que divide la Humanidad en dos clases: la plebe ignorante y famélica, y los mandarines pletóricos y sanguinarios. Salvémoslos por la solidaridad.»

Se nombró un Comité encargado de organizar la Asociación Internacional, compuesto de 21 miembros de diferentes países: Le Lubez y Boquet, franceses; Odger y varios otros, traductor unió Marx y Ecarius, alemanes; el mayor Wolff, etc.

La velada terminó cantándose «La Marsellesa», entonada en francés, inglés y alemán. Sielo años más tarde los revolucionarios del mundo tenían como himno «La Internacional».

Tal fué el acontecimiento que hoy conmemoramos, y que, en opinión del «Tiempo», desde la época del Cristianismo y de la Reforma, del mundo antiguo, nada se encuentra tan importante como ese movimiento obrero. Mas antes de comprobar la exactitud de la afirmación hecha por el gran diario de la burguesía hace sesenta años, veamos de dónde viene la Internacional.

Saludo a los precursores.

Entre los numerosos escritores socialistas del pasado, el que más se aproxima a la concepción de Marx y Engels, en cuanto a la organización de la revolución, es según los críticos socialistas, Babeuf, no por su teoría, exenta de doctrina y de originalidad, sino por el método esencialmente proletario, que le da, además, una personalidad contra los hombres de la Revolución francesa, que tendían a oscurecerse demasiado. Y ese método haciendo colectivo el concepto revolución lo practicaron igualmente, adaptándole ciertos contornos insurreccionales, que encontraron más tarde en Blanqui un adepto intrépido, la «Federación de los Justos» y la «Federación de los Proscritos», amalgama de demócratas burgueses para quienes la restauración de la Monarquía en Francia causaba una imposibilidad de encontrar nido a sus sentimientos republicanos en ningún país. A esto se añadía el misticismo de Saint-Simon, Owen y Schuster, a cuyas consideraciones económicas sólo falta la reivindicación de la función histórica del proletariado, que por la sola misión de productor embarga el factor de transformación social. Obligados los grupos a batallar de continuo clandestinamente, sus miembros eran perseguidos, sitiados, y aquellos se desahacían para reconstituírse poco después. Pero a tumbos o como fuera, la idea se abrió paso. Así quedó formarse en Londres en 1840 el «Grupo comunista de educación obrera», donde encontramos ya al sastre alemán Ecarius, representando algunos grupos de la «Federación de los Justos».

Dos jóvenes teóricos llaman la atención poderosamente por la crítica severa que hacen, encontrando multitud de errores en la lucha de aquellos tiempos. Carlos Marx y Federico Engels, que, observando atentamente los hechos económicos, las revoluciones contemporáneas, las doctrinas aparecidas, llegan a poder formular separadamente una teoría comunista nueva, propia, superior a todo lo conocido hasta entonces, convicción que les lleva a guardar cierta distancia de la confusión de conceptos filosóficos en que vivían los que eran, sin embargo, sus predecesores. La polémica en la prensa es dura. Al mismo tiempo, Engels publicaba un libro sobre la «Situación de las clases laboriosas en Inglaterra», donde empieza a dibujarse la dialéctica materialista, coincidiendo con la «Miseria de la Filosofía», de Marx, y es así como los dos maestros se encuentran en Bruselas y traban la amistad fecunda que tanto bien aportó al proletariado. Allí les trajo Moll la conversión al marxismo de algunos grupos, y les ofrece la convocación de un Congreso, en 1847, donde serán debatidas la doctrina y la fusión de todos los grupos en una Federación comunista: Así nació ese folleto de 46 páginas (edición francesa de 1912), el «Manifiesto Comunista», que, después de la Biblia, es la publicación que más se ha divulgado entre todas las razas del globo. Al grito sentimentalista de la «Federación de los Justos», «todos los hombres son hermanos», el «Manifiesto» sustituye el grito de guerra «Proletarios de todos los países, uníos!»

«El pensamiento capital e íntimo del «Manifiesto Comunista», dice Engels en el prefacio de la edición de 1893—es, a saber, que la producción económica y la estructura social, que es su fatal consecuencia, forman en cada época histórica la base de la historia política e intelectual de esta época; que, por consiguiente—desde la disolución de la propiedad común primitiva del suelo—, toda la historia ha sido una historia de lucha de clases, de luchas entre las clases explotadas y las clases explotadoras, entre las clases dominadas y las clases dominantes en las diferentes épocas del desarrollo histórico; pero que esta lucha ha alcanzado actualmente un estado en que la clase explotada (el proletariado) no puede ya liberarse de la clase que la explota y la oprime sin liberar al mismo tiempo y para siempre a toda la sociedad de la explotación y de las luchas de clases; este pensamiento capital pertenece única y exclusivamente a Marx».

Dicese que Engels pecó siempre de modesto. Kautsky dirá más tarde, muertos Engels y Marx, que sin la colaboración de estos dos hombres, la nueva concepción materialista de la Historia y la nueva concepción histórica o dialéctica del mundo no hubieran podido jamás, desde su aparición, alcanzar igual perfección y envergadura (1).

Apenas publicado el Manifiesto en 1848 estableció la revolución en Alemania y en Francia, ambas vencidas al fin y sus principales protagonistas perseguidos por todas partes, pero aquellos dos movimientos fueron fecundos en experiencias. Marx y Engels lo explican ellos mismos al redactar el Manifiesto en 1872:

«Teniendo en cuenta el desarrollo colosal de la industria en estos últimos veinticinco años y la organización de la clase obrera en Partido, que se ha desarrollado paralelamente; teniendo en cuenta además las experiencias, primero de la revolución de febrero (1848), y más aún de la «Comuna» de París, que dió por primera vez al pro-

letariado la potencia política durante dos meses, este programa (del Manifiesto) ha envejecido en ciertos puntos. La «Comuna», sobre todo, ha demostrado que no basta que la clase obrera se apodere de la máquina del Estado para poder utilizarla, etcétera.

La fundación de la Internacional.

Entre los movimientos de 1848 y 1864 no ocurren grandes hechos. Marx y Engels escriben, batallan con la pluma. En 1862, varios obreros de París concurren, subvencionados por el Gobierno imperial, a la Exposición de Londres, viaje que aprovechan para entrar en relaciones con los obreros ingleses, emitiendo la idea de es-

Documento histórico de la Primera Internacional.

Acta del Congreso celebrado el día 9 de Julio de 1864

Abierta la sesión a las once y media de la noche en presencia de 46 obreros de los países del Congreso, que concurren en las ciudades siguientes:
Francisco Odger en Londres, Enrique de Proudhon, Henri Thiers, Domingo Altom en Viena, Anselmo Longo y Juan José G. Moreno en Bruselas, y otros obreros de la misma ciudad.

Comenzó la sesión con la lectura del programa del Congreso y de la resolución de los países del Congreso, que concurren en las ciudades siguientes:
La resolución de los países del Congreso, que concurren en las ciudades siguientes: Bruselas, Londres, París, Viena, Ginebra, Barcelona, etcétera.

Se aprobó el programa del Congreso y se resolvió que el Congreso se celebrará en Bruselas, el día 10 de Julio de 1864, a las once y media de la noche.

Se resolvió que el Congreso se celebrará en Bruselas, el día 10 de Julio de 1864, a las once y media de la noche.

Se resolvió que el Congreso se celebrará en Bruselas, el día 10 de Julio de 1864, a las once y media de la noche.

Misid - Julio 6 de 1870. El Secretario Juan José G. Moreno

tablecer Comités obreros para el cambio de correspondencia sobre las cuestiones internacionales de la industria. Durante el año 1863 se celebraron en Londres algunas mitines en favor de Polonia, que se había en plena insurrección, asistiendo también algunos emisarios de París. El momento se acerca en que va a ser una realidad el llamamiento lanzado por el Manifiesto Comunista: «Proletarios de todos los países, uníos!» y sonó al fin la memorable hora del 28 de septiembre de 1864, en que, designando un Comité de veintinueve miembros, al terminar el mitin de San Martín Hall, para que redactaran su reglamento orgánico, quedaba fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.

«Los poloneses sufren—dijo uno de los oradores— pero hay por el mundo una nación más oprimida aún: el proletariado.»

Marx advirtió un verdadero sentimiento proletario en los asistentes a aquel mitin. «Yo sabía que esta vez—escribe a Engels en una carta—, tanto del lado londinense como del de París, entraban en funciones verdaderas potencias. Por esto acepté la invitación que le dirigieron los organizadores del mitin, y con mayor empeño acepté figurar entre los miembros del Comité, aunque ya hemos visto que no tomé parte en el mitin. Indisputado, no pudo asistir a las dos primeras reuniones del Subcomité de redacción, en las cuales Le Lubez presentó una declaración de principios y el mayor Wolff un proyecto de estatutos, todo muy distante del pensamiento de Marx. Pero a la tercera reunión, el 18 de octubre, Marx asistió, y en la carta a Engels refiere lo ocurrido en dicha reunión:

«Ecarius me había escrito que la cosa peligraba; fui, oyendo atolondrado al bravo Le Lubez leer un preámbulo de una fraseología aterrador, mal escrito y completamente infantil. De otra parte, los estatutos Italianos (presentados por el mayor Wolff) habían sido conservados en sus partes más esenciales, y esos estatutos, aparte otras muchas faltas, institúan algo completamente inadmisibles: una especie de Gobierno central (con Mazzini entre bastidores, naturalmente) de las clases obreras de Europa. Hice algunas observaciones sin violentar nada, y después de largas discusiones Ecarius hizo decidir que el Subcomité examinara de nuevo la cosa. «Para redacción», sin embargo, los «sentimientos» que contenía la declaración de Le Lubez fueron votados.»

Nueva reunión el 20 de octubre en casa de Marx, que propone empezar por los estatutos. Pero a la una de la madrugada sigue aún la discusión sobre el primer artículo y hubo que aplazarla, dejando toda la documentación a Marx para que la examinara e hiciera proposiciones. Inmediatamente puso manos a la obra.

«Vi entonces que era imposible aprovechar nada de aquel galimatías. Para justificar la muy singular manera que yo me proponía de «reducir» los sentimientos ya votados escribí un «llamamiento a las clases obreras» (que no figuraba en el plan primitivo), una especie de revista de los hechos y gestos de las clases obreras desde 1848, y luego, con pretexto de que todos los hechos históricos estaban en el «llamamiento» y que no había que repetir

lo mismo, modifiqué todo el preámbulo, rompí la declaración de principios y reduje a 10 los 40 artículos de los estatutos.»

Llamamiento, preámbulo y estatutos, todo obra de Marx, fueron unánimemente aceptados sin modificar una línea, y ratificados luego en el Congreso que se celebró en Ginebra en 1866.

El llamamiento o manifiesto registra que la miseria del proletariado no ha disminuido desde 1848 hasta 1864, no obstante ser este un período incomparable de desarrollo industrial y comercial, a pesar de haber sido aumentada la producción en más de dos tercios y las rentas en un 20 por 100. El establecimiento de la ley de diez horas en Inglaterra, que fué un éxito práctico, sino el triunfo de un principio,

trémistes como Bakunine, James Guillaume, Pelloutier y Sorel, como muchos radicales y demócratas burgueses, que aplauden el aforismo «la propiedad es un robo»; pero se quedan en la puerta cuando hay que pasar a las realidades. Esa misma duplicidad se daba en la Internacional. Bakunine, que había traducido en 1860 el «Manifiesto Comunista» al ruso; que entró luego en la Asociación Internacional guiando en la prensa el Manifiesto de Marx de 1864, defendiendo «la organización y la federación de cajas de resistencia», sosteniendo (criterio que los socialistas han mantenido siempre) «que las revoluciones no se improvisan, no pueden hacerse arbitrariamente ni por individuos ni aun por potentes Asociaciones. Independientemente de toda voluntad y de toda conspiración, las revoluciones son siempre la consecuencia de la fuerza de las cosas. Se pueden prevenir, presentir su explosión, pero jamás acelerar su explosión». Bakunine negaba, pues, en 1872 lo que había defendido anteriormente; pero que no se diga que fué Marx el que varió. Marx, al defender la «Comuna» y sacar de su derrota la enseñanza: «de la necesidad de una organización metódica y de luchar políticamente en todos sus aspectos, no hacía sino afirmarse en su pasado y en la misma constitución de la Internacional. Y es el caso que mientras Bakunine acusaba de «moderado» a Marx, éste em combatido como revolucionario por los legalistas de Inglaterra y Francia.

La verdad es que la Asociación tenía un defecto inicial, punto céntrico de su debilidad: era un agrupamiento de personalidades y carecía de base. Bakunine fué excluido de la Internacional, que Marx hizo trasladar a Nueva York su centro, a fin de salvar su documentación, que confió a su amigo F. A. Sorge, secretario de la Internacional.

Bakunine intentó crear otra Internacional anarquista, que tuvo una existencia efímera y sin resonancia. Lombart dice que el anarquismo es la teoría revolucionaria de los países agrícolas, pues donde mayor desarrollo obtuvo fué en Italia, Rusia, Francia y España. Razonamiento que no carece de base. En efecto; los países agrícolas han sido casi siempre gobernados por una casta feudal o enfudada, que no podía sostenerse sino por un régimen de reacción. Cuanto más se hace sentir la reacción, más las resistencias revolucionarias son violentas, pues no pudiendo expresarse por el sufragio y por la prensa, se acude al atentado, a la conspiración y al crimen. La oposición así queda reducida a una minoría, y es lo que hace caduco y gratuito su programa. Luego el anarquismo, según Lombart, nacido demasiado tarde, era una reacción hacia el pasado, mientras que el marxismo, puramente realista, surgía y se adaptaba a la misma evolución. Línea divisoria que al pasar de los años se ha evidenciado más su eficacia, reduciendo al anarquismo a una simple expresión teórica, filosófica, en tanto que el Socialismo agrupa millones de proletarios, dispuestos con él a continuar la historia de mañana.

El despertar socialista en Europa.

Entre 1873 y 1888 se celebran ocho Conferencias internacionales sin gran eficacia. En 1876, la Internacional se reúne en Elnadella y acuerda disolverse, hecho que pasa casi ignorado. Durante todo ese período intermedio de 1872 a 1880, en que se celebra el primer Congreso socialista internacional, Marx y Engels trabajan educativamente, ayudando la constitución de los Partidos Socialistas nacionales, que formaron, llegado el momento, la verdadera Internacional.

Hagamos, pues, una rápida excursión por Alemania, Francia, Inglaterra y Bélgica.

Fué Lassalle quien primero en Alemania empezó una activa campaña de organización, procurando arrancar los obreros a la influencia de los progresistas en 1863 y 1864. El Socialismo de Lassalle fué al principio estadista y confinado solamente a la región prusiana. Bien pronto Bebel y Guillermo Liebknecht (padre del que fué diputado por Charlottenburgo) empezaron a agitar el sur de Alemania, y la orientación socialista tomó un acento más radical. Liebknecht, proscripio y refugiado en Londres, iniciaba amistad con Marx y se impregnaba de sus ideas, que llevaba luego a Alemania al ser elegido diputado al Reichstag, y es memorable la oposición que él y Bebel hicieron a la política de Bismarck. Pero la lucha entre lassallianos y marxistas fué algo viva. Al terminar la guerra franco-prusiana el movimiento económico se afirma; las ideas socialistas se desenvuelven rápidamente, y en 1875 tiene efecto la fusión de 9.000 marxistas y 15.000 lassallianos, organizándose potente el Partido Socialista Obrero. Los periódicos se multiplican; las Agrupaciones crecen, y los discursos de Lassalle, excelentes desde el punto de vista de doctrina, son editados en folletos y distribuidos profusamente.

El Congreso de 1875 (Congreso de Gotha) fué importante por trazar el programa, que sirvió de pauta a la constitución de otros partidos en otros países, que aun no siendo esencialmente marxista en su contenido doctrinal, por haberse hecho en el detalle de las reformas inmediatas, muchas concesiones a los lassallianos, no carece por ello de interés.

Resumamos este programa:

I. El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda civilización, y como un trabajo no es provechoso a todos sino por la sociedad, es a la sociedad, es decir, a todos sus miembros a quien debe pertenecer el producto general del trabajo, con la obligación para todos de trabajar, y con derechos iguales, recoger cada cual de ese

producto del trabajo la parte necesaria para la satisfacción de las necesidades razonables.

En la sociedad actual los instrumentos del trabajo son el monopolio de la clase capitalista; dependencia forzada, que es su consecuencia, para la clase obrera, siendo la causa de la miseria y de la esclavitud en todas sus formas.

La emancipación del trabajo exige la transmisión de los instrumentos del mismo a la sociedad toda entera y el reglamento colectivo del conjunto del trabajo, con el empleo de su producto conforme a la utilidad general y según una justa distribución.

La emancipación del trabajo ha de ser



PABLO LAFARGUE

obra de la clase obrera, frente a la cual todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria.

II. Partiendo de esos principios, el Partido Socialista Obrero de Alemania se esforzará por todos los medios legales de constituir el Estado libre y la sociedad socialista; de romper la ley draconiana del salario, poner término a la explotación en todas sus formas y evitar toda desigualdad política y social.

El Partido Socialista Obrero de Alemania, aunque de momento obrando dentro del marco nacional, tiene conciencia del carácter internacional del movimiento obrero y está resuelto a cumplir todos los deberes que impone a los obreros para que la fraternidad entre los hombres sea una realidad.

Dejamos de enumerar el enunciado de reformas inmediatas, que eran, aproximadamente, las mismas de cada país.

Los progresos del Partido fueron importantes. En 1877 obtiene 493.283 votos y 12 diputados. En 1881 obtiene también 12 actas; pero el número de sufragios fué Egermann inferior. En 1884, otro triunfo, y 25 diputados. En 1887, otro triunfo, y 57 diputados. Este año, en el Congreso de Halle, se adoptó toda una serie de medidas mejorando su constitución interior, adoptando el título de Partido Socialdemócrata. Liebknecht hizo resaltar la deficiencia doctrinal del programa de Gotha, y el Congreso de Erfurt en 1891 marcó el triunfo definitivo del marxismo, contra un grupo de jóvenes dirigidos por Vollmar, que pedía renunciar al espíritu de la lucha de clases.

A este Congreso siguieron algunos años de paz, hasta 1896, con la irrupción del revisionismo de Bernstein, que descubrió una rectificación de los «dogmas marxistas» por los mismos acontecimientos. Varios Congresos se ocuparon del «caso» Bernstein, que despertó más emoción en el extranjero que en el interior de Alemania, si bien en los Congresos de Stuttgart (1898), Hanovre (1899) y Dresde (1903) se discutió rudamente sobre su tesis.

De toda evidencia el marxismo había conquistado una preponderancia enorme sobre las demás escuelas. El año mismo que murió Marx se fundaba la gran revista internacional del socialismo científico «Die Neue Zeit» (El Tiempo Nuevo), de la cual Kautsky fué el impulsor, contando como colaboradores, entre otros, a Lafargue y Guesde, en Francia; Kautsky, Bebel, Liebknecht y Mehring, en Alemania; Bilford Rothstein e Hyndman, en Inglaterra; Labriola y Turatili, en Italia; Plekhanoff y Axelrod, en Rusia; De Broeckere y Vandervelde, en Bélgica, y otros de Austria, Holanda, etc.

En aquellas páginas Kautsky rebatió la nueva concepción de Bernstein, un tanto atarabillada, pues atacaba en la doctrina marxista su «anarquismo», que no tenía y el mismo Marx había combatido después de 1848, y no es que todo sea malo en el libro de Bernstein «Socialismo teórico y socialdemocracia práctica». Su estudio sobre la labor que pueden realizar los socialistas en los Ayuntamientos, en los Sindicatos y en las Cooperativas es interesante para consultar aun hoy. Pero Bernstein parecía conceder demasiado crédito a esa izquierda burguesa, que aun lo más combativa (de Francia) considera la democracia como un «fin» y no como un medio, como lo es para los socialistas; medio de expansión y de propaganda.

Todas estas discusiones pertenecen, sin embargo, a la Historia, pues el mismo Bernstein, que colaboraba en la revista de Kautsky, había vuelto al marxismo mucho antes de la guerra.

Francia ofrece un contraste lamentable con esa homogeneidad del Socialismo alemán a partir de la unión de marxistas y lassallianos en 1875. Julio Guesde introdu-

GORRAS

500 dibujos desde 4 pesetas.

Depósito de boñas de Elósegui y Tolosa.

GONZÁLEZ RIVAS

Preciados, 23 y 25.

FELIPE MERODIO

HERROS Y METALES VEJOS

Recorte para herraduras.—Acero de muelles.—Calces para rejas.—Ejes usados de vagones.

Castafios, 23. Teléfono 1046.

BILBAO

LAS MEJORES AMPLIACIONES LAS HACE

ROCA

FOTÓGRAFO

Tetuán, 20. -- Teléfono 324.

hasta el último Congreso celebrado en Hamburgo

El marxismo en Francia casi inmediatamente después de la «Commune». Su insignificancia era motivada por el medio social en que se encontraba. De una parte, algunos proudhonianos de la Primera Internacional, Tolain y otros, habían combatido la «Commune», haciéndose elegir por la burguesía diputados y senadores. Otros, simplemente republicanos, querían escapar el movimiento obrero. Y estaban, un fin, los futuros anarquistas, que combatían la intervención política. Así, apenas rechecho, después de la represión vermesa, el movimiento obrero nació dividido, dividido en fracciones diversas, que se atacaban recíprocamente.



AUGUSTO BEBEL

Por la «Revue Socialiste», escribía en el primer número (1885): «No es necesario ofrecer a todos los escrutadores actuales del Socialismo, ya sean moderados o violentos, autonomistas o autoritarios, pacifistas o revolucionarios, mutualistas o comunistas, posibilistas o colectivistas, su parte de campo y de sol en una revista de elaboración colectiva. De aislamiento, de subdivisión, de subdivisión en subdivisión se llega a demoralizar y a dispersar la vanguardia de la revolución socialista.» Este llamamiento, que enumeraba los diversos grupos de la época, revela el estado de fatiga de un viejo militante, hastiado de tantas luchas inútiles. Benoit Malon era un socialista idealista. Nosotros entendemos por «Socialismo integral» el Socialismo en todos sus aspectos, en todos sus elementos de formación, en todas sus manifestaciones posibles. Así entendido el Socialismo, es el término sintético de todas las actividades progresivas de la humanidad militante.

Síntesis que no se formó hasta 1905, a lo que contribuyó enormemente el Congreso Internacional de Amsterdam (1904). Para llegar a la unidad, el Socialismo francés tuvo que deshacerse del peso muerto de una multitud de aristócratas y moderados. Jaurès, Guéde, Vaillant, cuyo desinterés y abnegación eran recíprocos, no podían ser un obstáculo a la unificación socialista. Jaurès podía comprenderse en el Socialismo idealista de Benoit Malon y pensar, contra el concepto evolucionista de Marx sobre la revolución, que ésta no saldrá de la propia evolución y sí del entusiasmo de las masas. Es la única reserva que hará Jaurès y esto aparte otros puntos de contacto con el marxismo. Coincidiendo con Kautsky, que dice que el Partido Socialista es un Partido revolucionario, pero no es un Partido que hace revoluciones, Jaurès se declara por una «evolución revolucionaria», precisando en otra ocasión: «Estos grandes cambios sociales que se llaman revoluciones no pueden, no podrán ser más que la obra de minorías. Una minoría revolucionaria, por inteligente y energética que sea, no basta, al menos en las sociedades modernas, para realizar la revolución. Hace falta el consenso, la adhesión de la mayoría, de la inmensa mayoría.»

La compenetración era tal que los tres temas de los Congresos celebrados desde la unidad hasta 1914 son un regalo de doctrina, de idealismo, de experiencia analizada, y al término de aquellos grandes debates sobre cuestiones agrarias, financieras, sindicales, políticas, problemas militares, etc., los Congresos se clausuraban casi siempre con una moción de unanimidad.

Podríamos decir que la historia del Socialismo francés desde 1905 hasta 1914 es la historia del Socialismo belga desde que César de Paeppe fundó el Partido Obrero belga en 1885. A los ganteses, que pedían que el nuevo Partido se denominara Partido Socialista, César de Paeppe respondió: «Partido Obrero. ¿Queréis nada más simple a la vez? ¿Qué añadirían las palabras socialista, colectivista, comunista, nacionalista, demócrata, republicano y otros epítetos limitativos? Quien dice Partido Obrero dice partido de clase. Y desde que la clase obrera se constituye en partido, ¿qué queréis que sea en sus tendencias y en sus principios sino socialista y republicano?»

Una proposición—luego abandonada para siempre—tendiendo a no admitir el ingreso de los trabajadores intelectuales fue rechazada por una enorme mayoría de votos. Sin embargo, el número de intelectuales afiliados fué hasta hace poco muy reducido en Bélgica, y, sin embargo, el Partido Obrero de Bélgica ha sido siempre uno de los más sólidos, de los mejor constituidos y unificados, a pesar de ser constituido por miembros de distintas y de no pensar todos de la misma manera.

Casi en la misma época de 1881, Hyndman fundaba en Inglaterra la Federación Democrática, que en 1884 adoptó el nombre de Federación Social Democrática. Al lado de Hyndman estuvo al principio el profesor Besley, que presidió en 1884 el mitin de Londres, así como algunos otros demócratas supervivientes del viejo carisma.

La nueva Internacional Socialista.

Fué en la calle Rochechouart, en París, en la sala Petrole, hoy desaparecida, donde se reunió el Congreso constituyente de la nueva Internacional, del 14 al 21 de julio de 1889, en presencia de 391 delegados, a saber: 221 franceses: Lafargue, Guéde, Vaillant, Comelinat, Basly, Benoit Malon, Carlos Longuet; 81 alemanes: Bebel, Bernstein, Volmar, Liebknecht, Clara Zetkin; 14 belgas: Anseele, César de Paeppe, Volders; ocho austriacos, con Victor Adler; España, dos delegados, uno de ellos Iglesias; Holanda, cuatro, con Vilgeen; Italia, cinco: Andrea Costa, Cipriani; Rusia, seis: Plekhanoff, Levrot; Suecia, tres delegados; Bulgaria, uno; Rumania, cinco: América del Norte, cinco; Noruega, tres; Dinamarca, uno; Polonia, cinco; Hungría, tres, y un checo.

Era la primera gran Asamblea Internacional que el proletariado celebraba, y la Internacional que la burguesía había enterrado aparecía más vigorosa y con más audacia que nunca. Aprobó el acuerdo, tomado por unanimidad, de celebrar una gran Manifestación Internacional en todos los países, el 1.º de mayo, en favor de la jornada de ocho horas.

Al Congreso siguiente, celebrado en Bruselas del 16 al 23 de agosto de 1891, adviene un hecho histórico de una gran importancia. Por la primera vez las Trades-Union Inglesas, organizadas corporativamente, exentas de ideal revolucionario, adoptan los principios generales del Socialismo y reconocen la lucha de clases. Anteriormente saludó en estos términos tal acontecimiento:

«Por la primera vez, socialistas revolucionarios y trades-unionistas se ponen de acuerdo para proclamar la necesidad de la lucha de clases. Es un hecho nuevo, sin precedente. Los socialistas del mundo entero se agrupan, siguiendo las palabras de»



VICTOR ADLER

Carlos Marx: «Proletarios del mundo, uníos!»

El Congreso no aceptó una Delegación anarquista que pretendía asistir al mismo. Domestica Nieuwenhuis, entonces líder de los socialistas holandeses, que evolucionó más tarde hacia el humanitarismo tolstoiyano, hizo la siguiente proposición:

«El Congreso declara que los socialistas de todos los países responderán a toda proposición de guerra llamando al pueblo para proclamar la huelga general.»

Liebknecht, aunque proclamando que el enemigo del trabajador alemán no es el obrero francés, sino el capitalismo alemán, refutó enérgicamente aquella proposición, cuyos autores no corrían ningún peligro al presentarla, ya que, perteneciendo a pequeños países neutros, no sufrían el peso aplastante del militarismo.

El Congreso votó, por los delegados de quince nacionalidades y un voto en contra (Holanda), una moción diciendo que «el militarismo que pesa en este momento sobre Europa es el resultado fatal del estado permanente de guerra abierta o latente impuesto a la sociedad por el régimen de explotación del hombre por el hombre.»

De un Congreso a otro, las Delegaciones son cada vez más numerosas. Al Congreso de Zurich (1893) asisten 450 delegados. De nuevo los anarquistas se presentan al Congreso; pero no son tampoco admitidos, después de un vigoroso discurso de Bebel preguntando «para qué perder tres días discutiendo con unos hombres que habrían que poner finalmente a la puerta.»

Seguidamente el Congreso trató de la cuestión militarista y la guerra; de reformas sociales, particularmente de la jornada de ocho horas, aprobando una propo-

quisita, del Poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano, sino el resultado de un largo y penoso esfuerzo de organización proletaria sobre el terreno económico y político, la regeneración física y moral de la clase obrera y la conquista mesurada de los Municipios y Asambleas legislativas.»

El Congreso de 1900 decidió, además, la creación de un «organismo central permanente» del Socialismo mundial, y cuya organización fué confiada al Partido Obrero Belga, que acababa de inaugurar la magnífica Casa del Pueblo de Bruselas, destinada a servir de albergue al Socialismo Internacional.

Pasemos por el Congreso de Amsterdam de 1904, cuyas sesiones fueron absorbidas por las luchas intestinas de Francia y que marca la condenación de las coaliciones ministerialistas individuales, y llegamos

al Congreso extraordinario de Basilea, celebrado en 1912. En la portada aparece la inmensa catedral de Basilea, hacia cuyo interior se dirigen miles y miles de proletarios manifestándose contra la guerra de los Balcanes y contra otra que se preparaba.

«El magno cortejo iba precedido de la Unión ciclista obrera y de un grupo de niños vestidos de blanco, llevando en la mano palmas simbólicas. Seguían multitud de banderas rojas e inscripciones pacifistas como esta: «Es más honroso secar lágrimas que derramar torrentes de sangre.» A continuación iban los delegados al Congreso y las organizaciones obreras de Basilea y de otros puntos de Suiza. Además, una carroza adornada de coronas, donde una joven, simbolizando la Paz, se encontraba rodeada de varias otras vestidas de blanco. Cuatro compañeros llevaban un gran libro rojo con esta inscripción: «¡Abajo las armas!»

Desde el pórtico de la catedral hablaron los oradores. Hoy rendimos homenaje a los «profetas» de Carlos Marx. ¿Por qué no asociar las profecías de Jaurès? Su discurso fué un grito de alarma:

«En todos los países hay dos corrientes contrarias: los unos están por la guerra; los otros están por la paz. La balanza del destino está en manos de los gobernantes; pero súbitamente puede perderles el vértigo a los que dudan. Por esto debemos intervenir; por esto los trabajadores y los socialistas de todos los países debemos hacer imposible la guerra lanzando toda nuestra fuerza en la balanza de la paz. Aquí nos han recibido los cristianos en su catedral. Pueden todos los cristianos que siguen seriamente las palabras de su maestro mantener el mismo espíritu que nosotros para impedir que los pueblos sean cogidos entre las garras del demonio de la guerra.»

Hemos sido recibidos en esta iglesia al son de las campanas, que me parecían como un instante como un llamamiento a la reconciliación general y me recordaban la inscripción que Schiller grabó en su campana simbólica: «Vivos vobis, mortuos plango, fulgura frango.»

«Vivos vobis: Yo llamo a los vivos para que se defiendan contra el monstruo que aparece en el horizonte. «Mortuos plango»: Yo lloro sobre los innumerales muertos caídos allá en Oriente y cuyo honor llega hasta nosotros como un remordimiento. «Fulgura frango»: Yo destruí la tormenta de la guerra que amenaza en las nubes.»

Fueron notables también las intervenciones de Haase (Alemania), Keir Hardie (Inglaterra), Victor Adler (Austria), Sakonof (Bulgaria), Vaillant (Francia) y la de Bebel, que fué la última manifestación socialista internacional en que intervino. Todo ello fué condensado en un manifiesto extenso, enérgico y brillante contra la guerra.

El X Congreso de la Internacional Socialista debía celebrarse en agosto de 1914 en Viena. Le precedió el gran crimen.

De la guerra al Congreso de Hamburgo.

«A que recordar aquí las diversas Asambleas celebradas en Londres y en París en»

dos a la Conferencia sindical aun llegaron a ponerse de acuerdo sobre algunos textos y principalmente sobre la convocatoria de un Congreso en Amsterdam (julio de 1919), de donde salió la potente Federación Sindical Internacional. Entre los Partidos Socialistas las dificultades fueron más grandes a vencer, y el eco de las divisiones del período de la guerra prevaleció, también como en Berna, en otra Conferencia que se celebró más tarde en Lausana. La Internacional Socialista estaba completamente removiada, lo cual fué aprovechado en Moscú para fundar la Internacional comunista «rusa». Rusia de origen y que sigue siendo en sus prácticas, en su modalidad y en toda su acción. En»



GUILLERMO LIEBKNECHT

cuanto a su contenido socialista: ahí está la historia de la Internacional que responde por nosotros, en demostración de que esos restos del anarquismo agonizante no tienen nada de común con la doctrina socialista.

La fase de las escisiones, como la constitución de la Unión de los Partidos Socialistas de Viena al lado de la Segunda Internacional, rechecha en Ginebra y trasladada a Londres; como la reunión de las tres Internacionales en Berlín; como las diversas reuniones entre los Comités de la Unión de Viena y la Internacional de Londres, todo esto, hasta el Congreso de Hamburgo, es la historia de ayer, que hemos vivido intensamente juntos y juntos cooperamos en el Congreso de Hamburgo (mayo 1923), de donde salió la Internacional Socialista Obrera, heredera del tesoro de la doctrina marxista, del prestigio de los grandes maestros, los únicos que pueden tener los socialistas, toda la legión de bravos y honrados luchadores, cuyos nombres ahí quedan para admiración nuestra, de los jóvenes, de los pobres caídos, que somos los que el destino nos lleva a continuar su obra. Y si llega un momento en que dudemos, en que nos rinda la fatiga, acordémonos de los que fueron, de los sacrificios que hicieron por nosotros, del optimismo que sintieron siempre, y que hercúleos de alegría hoy suscribimos aquí todos juntos ese reconocimiento.

Aimé FLOREAL Garibaldi y la Primera Internacional

En 1867, en Lausana, se celebraba el segundo Congreso de la Primera Internacional.

Enterado un gran número de congresistas de que Garibaldi, el libertador italiano, estaba en Ginebra, a dos horas de la ciudad capital, y de que había expresado sus simpatías por la causa que ellos defendían, solicitaron ser recibidos por éste, lo que consiguieron sin gran esfuerzo.

Garibaldi, al recibirlos, les saludó en francés en estos términos: «Tengo mucho gusto en verlos. Y Coulyer, uno de los delegados, respondió:

«Ciudadano, venimos a expresaros nuestras simpatías. Somos delegados de Sociedades Obreras de diferentes países. Os amamos porque sabemos que siempre os habéis batido por la libertad, la justicia y la democracia, sin ninguna preocupación personal. Admiramos vuestra vida de extraordinario desinterés. Para nosotros sois, pues, un hermano.

—Os agradezco este testimonio de simpatía y acepto vuestra fraternidad—dijo Garibaldi, y estrechó las manos de cada uno de los delegados.



MATIAS GOMEZ LATORRE

tre los socialistas de los países interaliados; en Viena entre los socialistas de los países centrales, o de los neutros en Copenhague; las Conferencias también de Zimmerwald, de Kiental, de Estocólmo? No, vivamos esa página triste de confianza en los socialistas en nuestras propias acusaciones contra la burguesía y contra esa prensa encanallada que vive por y para la mentira y a la cual dimos crédito y le concedimos beligerancia. El día que se quedan establecer responsabilidades la prensa burguesa de todos los países y de todos los colores aparecerá tan culpable, tan criminal, como los mismos que iniciaron la catástrofe. ¡Si siquiera los trabajadores aprovechásemos la lección!

Concluido el armisticio, se convocaron en Berna las primeras Asambleas Internacionales (febrero 1919) sindical y socialista, reunidas separadamente. Los delega-

La Internacional

Explicado por los «evangelistas del orden»: Canton, Jové y Hevia

¡Leed y estremeceos!
 Son los internacionales unos monstruos infernales.
 Sus camas estrafalarias, atroces, patibularias.
 Por fingirse desgraciados ocultan todos remendados.
 Y emplean hasta la argucia de llevar camisa sucia.
 Por odio a las gentes limas suelen fumar tagarrinas.
 Tienen por Dios verdadero el sensualismo grosero.
 Ganan seis reales al día y van de orgía en orgía.
 Quieren vivir en el ocio sin respeto al sacerdotio.
 Tienen brutales sesiones en inmundos hodgegones.
 ¡Nace un internacional! ¡Peligra el orden social!
 Predican necias y cómicas armonías económicas.
 Les repugna cuanto brilla y pagan en calderilla.
 Maldicen al capital que les labra el hospital.
 Insultan cuando están chispas, los coches de los obispos.
 Con bando tan depravado peligra el pontificado.

Por poner cuatro baldosas piden sumas fabulosas.
 Exigen con desparpajo hasta el crédito al trabajo.
 Minan con absurdos tales los fundamentos sociales.
 Producen sus alborotos guerras, pestes, terremotos.
 Llevan metido en la faja Gas Mill, petróleo y navaja.
 Con escándalo inaudito llaman hambre a su apetito.
 Y no quieren, ni aun hambrientos, la sopa de los conventos.
 Ruge este bando satánico y el orbe sumerge en pánico.
 Rondan de noche y en cueros las casas de los banqueros.
 Con el propósito pillos de llenarse los bolsillos.
 De veries han muerto varios timoneros propietarios.
 Quieren estemar el mundo en el cacé más profundo.
 No conocen más teoría que la de José María.
 A la sociedad rendida piden la bolsa o la vida.

Esta composición fué hecha por el célebre escritor Roberto Robert con motivo de la discusión habida en las Cortes sobre la ilegalidad de las doctrinas de la Internacional. Roberto Robert, que pertenecía a la Sección Internacional de Madrid en aquella época, publicó una gran estampa, y alrededor, haciendo bonito marco, había intencionados retratos de revolucionarios y tipos de «petroleros», perfectamente dibujados, y al pie decía:

«Tipos auténticos de los sectarios de la Internacional, según los ideales de los moralistas del agio, del ministro, de la trata negra, de la quinta, de la lotería y de la pena de muerte.»

sación del belga Jean Volders favorable a la creación de Federaciones Nacionales e Internacionales de Oficio, unidas entre sí por Secretarías obreras.

Al final del Congreso se produjo una escena emocionante al aparecer en la tribuna Engels, el colaborador fiel e íntimo de Marx desde que juntos firmaron el «Manifiesto Comunista». El Congreso le hizo una ovación entusiasta. Engels pronunció unas cuantas palabras saludando con alegría la nueva, más fuerte e invencible Internacional. Considerando los cincuenta y dos años transcurridos y viendo lo que eran ya las capitales como Berlín, Viena, Londres y París, «podía decir que Marx y él no habían luchado en vano, pudiendo mirar hacia atrás y ver su obra con orgullo y satisfacción.»

«No hay un país—dijo—, no hay un solo grande Estado donde la democracia socialista no sea hoy un poder, con el cual todos deban contar. El porvenir depende más del Socialismo que de cualquiera de las «grandes potencias» burguesas.»

En Londres, en 1896, los anarquistas vuelven al cuarto Congreso Internacional. Pero aquí todo el mundo conviene en que la jugareta debe terminar votando una moción contra ellos que fué definitiva:

«El Congreso entiende por acción política la lucha, organizada en todas sus formas, para la conquista del Poder político y su uso legislativo y administrativo, en el Estado y en el Municipio, por la clase obrera para su emancipación.»

Se fijaron luego los términos de la invitación para el Congreso siguiente, a fin de eliminar toda confusión. La invitación será dirigida:

«Primero. A los representantes de los grupos que persiguen la sustitución de la propiedad y la producción capitalistas por la propiedad y producción socialistas y que consideran la acción legislativa parlamentaria como uno de los medios para llegar a este fin.

Segundo. A las organizaciones puramente cooperativas que, aunque no haciendo política militante, declaran reconocer la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria. Por consiguiente, los anarquistas quedan excluidos.»

Esa limitación de fronteras entre el anarquismo y el Socialismo fué reforzada aun más en el Congreso de París de 1900 votando una proposición que terminaba así:

capcional resonancia por los acuerdos tomados en favor del arbitraje obligatorio y en favor del desarme general y la actitud de los socialistas contra el militarismo.

Al Congreso de Stuttgart de 1907 asistieron 884 delegados. Además, el funcionamiento normal del Secretariado de la Internacional daba cierto relieve a los trabajos del Congreso. El año precedente, Camille Huysmans había reemplazado como secretario internacional al camarada Sarwey, el líder actual de la cooperación belga, que había desempeñado en los difíciles primeros años el cargo de secretario. Huysmans se había entregado de lleno a la Internacional, y gracias a su cultura, a su conocimiento del inglés, el alemán, el holandés, el francés, el italiano y el español, que se preocupó, además, en recoger los archivos de la Primera Internacional y gran cantidad de documentos, los trabajos de los Congresos eran fácilmente llevados por las Memorias y toda la labor del proletariado.

Después de la cuestión de la guerra, el Congreso examinó las relaciones entre los Sindicatos y el Partido Socialista. El acuerdo tomado es lo que ha prevalecido siempre en España entre el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. El problema colonial fué ligeramente examinado, y se trató, además, de los problemas de emigración y del voto femenino.

El Congreso de Copenhague de agosto de 1910 fué el más importante por la condición de los acuerdos tomados y del trabajo práctico realizado.

Asistieron 896 delegados (cinco de España), y el Congreso debutó con una grandiosa manifestación contra la guerra.

Era la cuestión palpitante también la colonial, en cuya discusión intervino Iglesias. Pero el actual momento no es el más oportuno para reproducir el discurso de Iglesias sobre este asunto, y que fué saludado con «grandes aclamaciones», según registra el «Compte Rendu Analytique». El trabajo práctico de ese Congreso se tradujo, además, en una resolución en favor del movimiento cooperativo, respetando la autonomía de la Alianza Internacional de Cooperativas, declarando que el clasista obrero, en su lucha contra el capitalismo, tiene el más grande interés en que los Sindicatos, las Cooperativas y el Partido Socialista todo, conservando su autonomía propia, estén unidos por relaciones íntimas y diarias.

CORSES-FAJAS
 «PRESA»
 Fuencarral, 72 : : : : : Teléfono 48-00 M.

Bodegas de los Ceas
 Los mejores vinos de mesa, a precios económicos
 Alberto Aguilera, 29. : : : : : Teléfono 10-59 J.

CALZADOS «LA BRUJA»
 los mejores y los más económicos.
 Fuencarral, 51 duplicado, y Dasagaño, 12.---MADRID

RADIOTELEFONÍA
 Los mejores aparatos, desde 15 pesetas.—Audición perfecta.
 Casa Ucendo
 INFANTAS, 7 --- PLAZA DE BILBAO, 8
 Aparatos eléctricos.—Vajillas.—Objetos regalo.—Lámparas (Fungaraz) un vatio y medio vatio.

Anselmo Lorenzo, en Londres

Un documento curioso

El día 5 de octubre de 1871, a las diez de la noche, celebró sesión en Madrid el Consejo Federal de la Región Española de la Asociación Internacional de Trabajadores.

En esta sesión, Anselmo Lorenzo, que había ido a Londres como delegado de España, dió cuenta en los siguientes términos de sus trabajos en dicha Conferencia:

DIARIO DE LAS SESIONES DE LA CONFERENCIA DE LONDRES

Los delegados que habían llegado asistimos el día 16 a una sesión del Consejo general. Se acordó que los países que no habían enviado delegado fuesen representados por sus secretarios corresponsales, nombrando, además, el Consejo seis delegados. Se trató del modo de llevar la discusión y de otras cosas secundarias y se fijó la hora y local en que se había de celebrar la Conferencia.

Primera sesión.—Presidente, Iung.

Se nombraron dos secretarios, uno francés y otro inglés; fueron aprobados los nombramientos de los delegados Perret (Suiza romanda), Outine (Secciones alemanas de Ginebra), Werskyen (Consejo federal belga), De Paeppe (idem), Cqnen (Secciones de Anvers), Herman (Secciones de Lieja), Steens (centro hullero de Hainaut), Fluse (Secciones de la Vesdre) y Lorenzo (Federación española).

Marx expuso los motivos en que se había fundado el Consejo para convocar la Conferencia, manifestando que la actitud de los Gobiernos en contra de la Internacional, el estado de desorganización en Francia e Italia y la organización viciosa en Inglaterra hacían necesaria la adopción de una conducta, para lo cual el Consejo no se crea competente, necesitando, por consiguiente, inspirarse en las ideas de las diversas ramas de la Asociación, manifestadas por medio de sus representantes; añadió que los puntos que había que someter a la deliberación de la Conferencia eran: 1.º De la organización en general. 2.º Actitud de la Internacional respecto de los Gobiernos. 3.º Conflicto del Congreso suizo, comprendiendo el examen de la conveniencia o inconveniencia de las Secciones llamadas de propaganda. 4.º Abuso del nombre de la Internacional por el Gobierno ruso en el proceso de Nestchaeff.

A propuesta de Marx se nombró una Comisión para que en el más breve plazo diere dictamen sobre el conflicto suizo, consultando a los delegados de Suiza Perret y Outine; a Robin, miembro del Consejo general y de la Alianza de la Democracia Socialista y a todos los documentos que sobre este asunto existen en poder del Consejo y de los delegados consultados. Se me propuso para formar parte de esta Comisión; pero yo me excusé diciendo que el conflicto suizo era para mí poco menos que desconocido, y necesitaría para su estudio un tiempo que debía emplear en las cuestiones de organización si había de cumplir fielmente el mandato que me había confiado la Conferencia de Valencia.

Después de una discusión sobre el modo de formar el orden del día se nombró una Comisión para que en la sesión inmediata propusiese una, de cuya comisión ímediamente me retiré.

Sesión del día 18.—Presidente, Serrallier.

Se leyeron varias comunicaciones dirigidas al Consejo general dando cuenta de trabajos de propaganda en algunos puntos de América, Irlanda e Italia.

La Comisión nombrada al efecto propuso la siguiente orden del día:

1.º «Rapport» o relación de los trabajos del Consejo general y nombramiento de una Comisión de control o revisión de cuentas.

2.º De la organización en general.

a) Organización en los países en que las leyes no se oponen y los Gobiernos toleran la Asociación.

b) Organización en los países en que las leyes y los Gobiernos se oponen.

3.º Conflicto suizo.

4.º Sobre el proceso de Nestchaeff.

A petición del Consejo, el primer punto consignado en el orden del día fué colocado el último por no tener aún preparados los trabajos necesarios, quedando aprobado.

Se nombró una Comisión para la revisión de cuentas del Consejo, para la cual se me nombró también.

Entrando en el orden del día se acordó que el Consejo presentase primero las proposiciones que tuviese que hacer a la Conferencia y después las presentasen los delegados.

Marx presentó, en nombre del Consejo, una proposición excluyendo de la Internacional todas las Secciones o Sociedades especiales de propaganda que existan o puedan formarse en lo sucesivo dentro de la Asociación, aceptando programas y principios que no han sido proclamados por los Congresos internacionales, constituyendo una clase que destruye de hecho la igualdad entre los que se unen para combatir la desigualdad social. Esta proposición dió lugar a un largo debate, en que todos los oradores estaban de acuerdo en condenar esas Sociedades que consideraban a los internacionales como en un primer grado de iniciación para entre ellos escoger los que les parecían de confianza para iniciarlos en otro grado superior y constituir así una fuerza que dirija y se sirva de la Internacional como de un instrumento. Esta discusión se confundió con una proposición verbal, hecha por un delegado belga, pidiendo que los Consejos federales de cada región se llamasen Comités federales. Mi dificultad para entender a algunos oradores me hizo desorientarme un poco; sin embargo, a fuerza de atención pude comprender el estado de la discusión e hice notar la diferencia de las dos cuestiones, observando sobre la última que se quería formar un nombre antes de que existiera la cosa a que había de aplicarse, porque aun no se había hablado nada sobre organización y era lógico que esas cuestiones de nombre resultasen después. Esta observación dió por resultado el abandono de la proposición verbal y, fijándose en la de Marx, quedó aprobada.

También propuso el Consejo que se re-

comendase muy eficazmente la formación de Secciones femeninas, fundándose en el derecho que asiste a las mujeres para emanciparse, no sólo como obreras, sino también consideradas en la condición social que ocupan, siendo esto, además, un excelente medio de propaganda. Esta proposición fué aprobada por unanimidad, con una enmienda que yo presenté encaminada a desvanecer el resto de preocupación que aun pudieran tener algunos creyendo necesaria la separación de sexos, recomendando que se formasen Secciones mixtas allí donde las mujeres ejercieren el mismo oficio que los hombres, y Secciones femeninas sólo en aquellos oficios que únicamente son ejercidos por mujeres.

El Consejo propuso, además, que se hiciera una traducción oficial de los estatutos de la Asociación en alemán y francés, porque la hecha en esta última lengua, así como la italiana y española, contienen algunas inexactitudes que han dado lugar a dificultades serias, debiéndose someter a un examen por el Consejo todas las traducciones que se hagan fuera de los idiomas indicados. Esta proposición fué aprobada después de un largo y estéril debate.

Sesión del día 19.—Presidente, Serrallier.

Engels, secretario para España y Bélgica en el Consejo general, dió lectura en inglés y francés de la proposición de la Conferencia de Valencia. Los miembros ingleses del Consejo, no habiendo fijado la atención en la perfecta armonía que existe entre las Comisiones de estadísticas de las Secciones de oficio, completadas por los Consejos periféricos y las Federaciones locales y unidas en el Consejo federal de la región para ir después al Consejo general, y la organización y federación de las Cajas de resistencia, creyeron que se trataba solamente de imitar los Trades-Union ingleses, contra los cuales se manifestaron francamente, calificándolos de la aristocracia del proletariado. Yo deshe el error, demostrando lo mejor que supe que el único medio de combatir las actuales condiciones económicas, que con su infinita variedad de privilegios pesan sobre la clase obrera, es la formación de las estadísticas especiales y generales del trabajo, de lo cual resulta la verdadera ciencia económica, para fundar en ella la resistencia, que con semejante base da resultados exactos, matemáticos.

De Paeppe declaró que la organización belga era semejante a la propuesta por España (aunque no lo demostró); pero creía imposible obtener esa estadística.

En igual sentido hablaron otros delegados belgas y suizos.

Marx reconoció la bondad de la organización española; pero la creía imposible de practicar, dada la hostilidad de los Gobiernos, citando como ejemplo la situación de los obreros en Francia, Alemania, Austria e Italia, añadiendo que, aunque esta hostilidad no existiese aún, habría el poderoso inconveniente de las organizaciones obreras anteriores a la Internacional; por ejemplo, los Trades-Union ingleses, que han aceptado la aspiración de la Internacional, sostienen una cruda guerra contra el capital, y, sin embargo, si se pretendiera imponerles una organización contraria o diferente de la que tienen, seguirían con la suya, sin hacer caso, o tal vez sintieran hacia nosotros otra cosa peor que la indiferencia.

Yo rectifiqué, contrariando la opinión manifestada por los belgas y suizos respecto de la imposibilidad de formar la estadística del trabajo y haciendo notar la contradicción que existe entre el juicio formado por los miembros ingleses de los Trades-Union y la tendencia manifestada por Marx a respetarlas, sin atreverse a contrariarlas en nada, añadiendo que los errores y preocupaciones de los obreros que se oponen al desenvolvimiento de la Internacional deben ser combatidos por una incesante propaganda, ya se manifiesten individual o colectivamente.

Outine presentó una proposición pidiendo la suspensión de la discusión del proyecto español, teniendo en cuenta el artículo 10 de los estatutos generales de la Asociación, y que la cuestión de las huelgas debía ser tratada después, pidiendo, además, que la Conferencia acordase un voto de gracias a la Federación española por su actividad y rápidos progresos en la organización y propaganda de la Internacional.

Yo me opuse a la suspensión de la discusión, respondiendo sobre el voto de gracias que los trabajadores españoles, si habían hecho algo superior a lo que de ellos se esperaba, sólo han cumplido con su deber, y el mejor modo de demostrarles agradecimiento y simpatía era reconociendo la bondad de su organización y aceptándola.

Se presentó otra proposición, firmada por Bastélica, Marx y otros, pidiendo a la Conferencia recomendase a todas las Secciones la formación de una Comisión de estadística que correspondiese con el Consejo federal de su región y éste quedase obligado a remitir anualmente todos estos datos al Consejo general, sin perjuicio de remitir también los que tuviese cuando el Consejo los reclamara.

Continuando la sesión por la noche, quedaron aprobadas las dos proposiciones, después de un largo aunque poco importante debate.

A petición del Consejo se nombró una Comisión que estudiase los medios de hacer que todas las Federaciones le paguen las cotizaciones correspondientes, para la cual fué también nombrado.

Sesión del día 20.—Presidente, Serrallier.

Delahaye, miembro del Consejo, presentó una proposición, apoyada por mí, pidiendo la Federación de los cuerpos de oficio regional e internacionalmente, con sus correspondientes Consejos facultativos, también regionales e internacionales, y las Cajas de resistencia federadas, a la manera propuesta por la Conferencia de Valencia.

Vuelve a hablarse de los Trades-Union y a establecerse la misma confusión que en la discusión anterior. Hablan en contra Marx, Werskyen, Herman, Vaillant y De Paeppe. La defendimos Delahaye y yo.

Bastélica presenta una proposición, que aceptamos los firmantes de la anterior, recomendando a todos los cuerpos de oficio que remitan sus direcciones al Consejo ge-

neral, quedando éste obligado a remitirlas a las Secciones o Federaciones que las piden.

La Comisión nombrada para buscar medios de que las Federaciones paguen sus cotizaciones al Consejo general propone que éste, en vista de las respectivas estadísticas, remita a los Consejos regionales una cantidad de sellos, que a su vez remitirán a las Federaciones locales, según éstas paguen también sus cotizaciones, y cada asociado tiene derecho a llevarlos en su libreta de socio para justificar que está corriente en sus cotizaciones. Por este medio se puede excitar el deseo de cada uno de poder demostrar que cumple como buen asociado y se pueden comprobar fácilmente los ingresos del Consejo general, al mismo tiempo que el de los Consejos regionales. En cuanto a las Federaciones que no pagan, el Consejo general deberá denunciarlas al próximo Congreso.

Esta proposición fué aprobada después de una larga discusión.

Continúa la sesión por la noche.—Presidente, Iung.

Vaillant, miembro del Consejo general, presentó una proposición pidiendo a la Conferencia declarar que, en vista de la actitud de los Gobiernos de Europa, y especialmente de Francia, y de los partidos socialistas y revolucionarios, la cuestión política y la cuestión social están, indiscutiblemente, unidas, siendo el objeto que se propone nuestra Asociación la destrucción de las clases sociales y, por consecuencia, de todos los privilegios.

Yo protesté contra la proposición Vaillant, negando a la Conferencia la competencia para discutir, fundándose en que envolvía una cuestión de principios y la Conferencia había sido convocada sólo para tratar de la organización, teniendo, además, en apoyo el artículo 1.º de los estatutos. Bastélica apoyó mi protesta, siendo desechada después de combatirla Marx, Vaillant y Outine.

La defensa de la proposición fué una condenación de los llamados abstencionistas y de la política hipócrita de los partidos conservadores, reconociendo como un poderoso medio para derrotar la actual organización social la formación de un partido obrero que alcance el Poder y destruya todas las instituciones que se oponen a la práctica de la justicia, exponiendo como principales razones, en apoyo de esas afirmaciones, las dificultades que encuentra una organización regular en Francia, Alemania, Austria e Italia, a las que seguramente habrá que añadir las demás naciones de Europa y América.

Bastélica presentó una proposición, apoyada por Koenen (de Anvers), Werskyen (Consejo federal belga) y yo, pidiendo a la Conferencia deje la cuestión hasta el próximo Congreso, insistiendo en la incompetencia de la Conferencia para tratar la cuestión, mucho más hallándose resuelta en los considerandos que preceden a los estatutos. Fué también desechada en votación nominal.

Outine presentó una proposición dejando al Consejo general que resolviese la cuestión según su criterio, inspirándose en lo manifestado por la mayoría en el curso de la discusión.

La proposición Vaillant fué desechada, y aprobada la de Outine en votación nominal, absteniéndose de votar la minoría.

Sesión del día 21.—Presidente, Serrallier.

Los delegados belgas presentaron una proposición pidiendo que el Consejo general se componga de representantes de cada país, elegidos por las diferentes Federaciones regionales.

Marx, Engels y otros miembros del Consejo se opusieron, diciendo que para esto sólo era competente el Congreso, y además lo difícil que sería a los países que se encuentran en estado excepcional nombrar sus representantes.

Bastélica hizo notar la contradicción en reconocer la incompetencia en la cuestión de renovar el Consejo y la competencia para tratar cuestiones de principios en abierta oposición con los estatutos.

Outine, Perret y otros presentaron una proposición pidiendo a la Conferencia que el Consejo limite el número de sus adjuntos.

Esta proposición fué aprobada después de

una larga discusión, cuya mayor parte no comprendí por la dificultad del idioma.

Sesión del día 22.—Presidente, Serrallier.

Se presentaron dos proposiciones invitando al Consejo que procurase que los adjuntos no pertenecieran a una sola nacionalidad, y otra para que, cuando el Consejo tuviese que nombrar un secretario corresponsal para un país, se le consultase antes y no quedase nombrado definitivamente hasta que trascurran tres semanas sin que hagan una objeción seria. Las dos proposiciones fueron aprobadas, después de retirar los belgas la suya.

Los delegados suizos presentaron una proposición, recomendada por las Secciones alemanas de Ginebra, pidiendo que se abriera una información para averiguar: Primero, por qué causas no habían secundado los obreros del Mediodía de Francia la «Commune» de París; segundo, medios de hacer la propaganda internacional en los ejércitos; tercero, medios para organizar un ejército obrero; y cuarto, medios para hacer la propaganda en los campos.

Engels dijo que, en su concepto, el primer punto correspondía a la Historia; el segundo y tercero no podían, en manera alguna, ocupar la atención de la Conferencia, reconociendo como únicamente importante el cuarto.

De Paeppe y otros delegados opinaron que esta cuestión debía ser tratada en el próximo Congreso, debiendo el Consejo general y los Consejos regionales hacer esfuerzos para activar la propaganda y formar Memoria sobre el estado de los trabajadores agrícolas en cada país para que el Congreso pueda resolver con pleno conocimiento de causa.

Esta proposición fué aprobada, lo mismo que la de Engels.

La Comisión encargada de dar dictamen sobre el conflicto suizo, en el cual se exponían actos de algunas personalidades de la Alianza de la Democracia Socialista, se citaban algunas cartas y documentos publicados en «La Solidarité», de Neuchâtel, y en «L'Égalité», de Ginebra, concluyendo por pedir a la Conferencia confirmase el acuerdo del Consejo general excluyendo dicha Alianza de la Internacional.

Robin mandó una carta, por conducto de Delahaye, diciendo que no podía asistir a la sesión en que se discutiese la cuestión porque había sido llamado ante la Comisión como un reo y no se encontraba en el caso de desempeñar un papel poco digno.

Esta carta fué considerada como ofensiva a la Comisión y a la Conferencia, y Outine le calificó duramente.

Quedó aprobado el dictamen de la Comisión.

Se procedió a dar cuenta por los delegados y los secretarios corresponsales del estado de la Asociación, empezando por los Estados Unidos.

Continuando la sesión por la noche leí la Memoria redactada por la Conferencia de Valencia, acordándose, a petición de Engels, traducirla al inglés e incluirla en las actas por los interesantes datos que contiene acerca del desarrollo de la Asociación en España.

Los delegados hicieron verbalmente la exposición del estado de sus países respectivos, resultando ser tan anómalo e irregular que en la mayor parte de Europa está en las condiciones de un Partido Socialista cuya bandera es la «Commune» de París. Se acordó que el Consejo general publicase un manifiesto, dirigido a los Gobiernos y a los pueblos, en que, inspirándose en el estado general de la Asociación, se exponga francamente un programa revolucionario y se haga un llamamiento a los obreros a organizarse por todos los medios posibles para llevar a cabo la gran revolución social.

Sesión del día 23.—Presidente, Serrallier.

En esta sesión se trató del proceso de Nestchaeff, en el cual aparecen complicados algunos miembros de la Alianza y revolucionarios rusos, en cuya discusión no pude intervenir ni aun enterdender, por lo cual tuve necesidad de permanecer separado de ella completamente.

Con esto dió fin la Conferencia, quedando obligado el Consejo general a remitir los acuerdos de los Consejos regionales y publicar inmediatamente el manifiesto.

Quando menos, como podemos

Ese es nuestro deber

Sea, pues, este día, 23 de septiembre, celebrado por las fuerzas mundiales obreras y socialistas, como un nuevo resurgir, aquí en España, de nuestro ideal de emancipación, de cesación de la esclavitud humana.

Cada país lo celebrará con arreglo a las especiales circunstancias en que su vida se desarrolla y a las fuerzas que pueda mover. Nosotros lo hacemos conforme podemos y como nos dejan. Si no exteriorizamos más nuestro ideal, no es culpa nuestra.

Las circunstancias especiales por que atravesamos deben excitarnos más en la continuidad del proselitismo.

Difícilísima tarea es ésta en nuestro país: debido a la falta de instrucción de la gente por la carencia de 20.000 escuelas; a lo desconflado que se ha hecho el pueblo por los desengaños sufridos por tantas promesas, nunca cumplidas, causas estas por las que ha llegado a perder la esperanza de alcanzar su mejoramiento, primero, y su

reducción, después, en lucha lenta y paulatina, si; pero de indudable consecución, que es como únicamente lo podrá conseguir.

De este estado de ánimo de nuestro pueblo se aprovechan la burguesía y el anarquismo: la primera, para explotarlo mejor, y el anarquismo, para nutrir sus filas con seres desesperados, haciendo, en definitiva, labor favorable a la clase capitalista.

Todas estas circunstancias esterilizan y hacen poco fructífera la acción de nuestras propagandas. Sean, pues, todos estos obstáculos, todas estas contrariedades, el acicate que haga redoblar nuestro esfuerzo para que, ya que no sea como deseáramos, contribuyamos los socialistas españoles al triunfo de la Internacional, al menos, como podamos.

Felipe CARRETERO

Bilbao.

¡Socialistas! Los que no compran EL SOCIALISTA, los que no le repagan ni le recomiendan a sus compañeros y amigos, conspiran contra la causa de la emancipación, la traicionan. El socialista, para ser digno de este nombre, que tanto honra y enaltece, debe consagrarse fervorosamente a conquistar lectores para nuestro diario y a trabajar con firme voluntad por aumentar las huestes del Partido. El pasivo, el indiferente, el que tiene tan sólo en los labios el amor al Socialismo, no es acreedor a cobijarse bajo los pliegues de la bandera roja.

La Mutualidad Obrera

CONSULTORIOS: Cava Baja, 1, principal; Atocha, 94, principal; Alcántara, 16, hotel; Luna, 10, principal; Eloy Gonzalo, 18; Geroña, 6 (Puente de Vallecas); O'Donnell, 39, principal (Tetuán de las Victorias).

SERVICIO ANTIDIFTERICO: Alcántara, 16, hotel.

CLINICA OPERATORIA: (Cirugía y toxicología): Eloy Gonzalo, número 18, hotel.

ESPECIALIDADES: Toxicología y Ginecología, Otorinolaringología, Oftalmología, Dermatología y Sifilografía.

FARMACIAS: Mesón de Paredes, 26; San Bernardo, 15; Valencia, 5; Pacífico, 7; Hermosilla, 3; plaza de Chamberí, 1; O'Donnell, 21 (Tetuán); Mejorada, 6 (Puente de Vallecas).

DEPOSITO Y LABORATORIO: Martínez Campos, 1.

Todo obrero consciente debe pertenecer a LA MUTUALIDAD OBRERA

HEUREKA!!

Sección económica y saldos de calzado

Carrera de San Jerónimo, 46, y Plaza de las Cortes, 8.

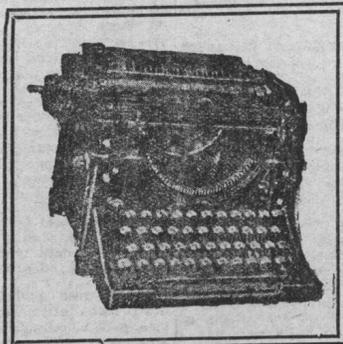
En esta sucursal encontrarán las clases populares un surtido de calzado por nadie igualado en calidad y precios.

MÁS DE UN MILLÓN DE MÁQUINAS DE ESCRIBIR

UNDERWOOD

EN USO!

¡Campeón durante dieciocho años consecutivos en el Concurso anual internacional de Mecanografía de New-York!



Se usa en todas las dependencias y oficinas del Estado y en casi todas las Sociedades, Casas comerciales y colectividades obreras.

Enseñanza de Mecanografía.—Detalles a quien los pida.

Fidase el Catálogo a

Compañía Mecanográfica GUILLERMO TRUNIGER (S. A.)

Madrid: Alcalá, número 39.

Barcelona: Balmes, número 7.

AGUAS MINERALES
NATURALES DE

CARABAÑA

PURGANTES DEPURATIVAS
ANTIBILIOSAS
ANTIHERPÉTICAS

AVISO: Rechácese como falsa toda agua que se venda fuera de sus botellas originales y cerradas.

Pi y Margall y la Internacional

El ambiente político del año 71

Corría el año 1871. España atravesaba una era histórica de gran turbulencia política.

Había jurado el día 2 de enero la Constitución Amadeo de Saboya, llamado después el rey caballero.

El día 4 se formó un Gabinete de conciliación, presidido por Serrano.

En marzo se verificaron las elecciones legislativas, en las que Sagasta y Romero Robledo, como ministro de la Gobernación el primero y como subsecretario del mismo el segundo, dejaron hecho el modelo para lo sucesivo de la más desenfrenada corrupción electoral.

Alertas las Cortes, duró poco tiempo el Ministerio presidido por Serrano, sucediéndole otro presidido por Ruiz Zorrilla.

El Ministerio de Ruiz Zorrilla juró el 24 de julio; pero, derrotado en la elección de presidente de las Cortes, pues tenía de candidato a Rivero y salió Sagasta, presentó la dimisión.

Don Amadeo, dice algún historiador que, pesando por el espectáculo de tan terribles divisiones, encargó de formar Ministerio al anciano general Espartaco, quien se excusó pretextando su senectud. Tampoco se quiso encargar Sagasta, y entonces, bajo la protección de éste, subió al Poder el día 5 de octubre el antiguo comandante de la "Zaragoza", señor Malcampo, quien formó un Ministerio de muy escaso prestigio, en el que desempeñaba la cartera de Gobernación el diputado y rico hacendado sevillano don Francisco de P. Candau.

Y en este ambiente de gran agitación política, y gobernando este Ministerio, se suscitó en las Cortes españolas la cuestión de la Internacional, a causa de las medidas coercitivas que contra ella se dispuso a tomar el hacendado sevillano y ministro de la Gobernación, señor Candau, a quien los republicanos atacaban con gran furor, llegando a decirle en las Cortes que daba a sus colonos un pan negro y duro que no querían probar los animales.

Hablaron en aquel debate político muchos hombres más o menos eminentes; pero puede decirse sin temor a que se nos tache de sectarios que solamente en tres discursos brilló la luz divina del genio, puesto al servicio del ideal y del derecho: en los de Castelar, Salmerón y Pi y Margall.

EL DISCURSO

Empezó don Francisco su discurso pronunciado en el Congreso los días 27 y 29 de octubre del 71 diciéndolo que iba a llevar la cuestión de las encumbradas regiones de la filosofía a las humildes de la política, y que sólo iba a examinar si la Internacional estaba o no dentro de la Constitución y del Código.

Según el mismo don Francisco, la Internacional, del 64 al 68, había dejado sentir su mano en casi toda Europa, pasando, no obstante su propaganda y sus acuerdos, inadvertida a los ojos de todos los Gobiernos, excepto a los del receloso y suspicaz Luis Napoleón Bonaparte.

Aquí, en España, a raíz de la revolución de septiembre, se organizaron Asociaciones en Palma y en varias capitales de provincia de la Península.

El 69 se celebró en Barcelona un Congreso internacional, en el que se tomaron acuerdos de importancia, y no produjo alarma en el país ni al Gobierno.

Surge el 70 la guerra franco-prusiana. Pierde Francia en un mes sus brillantes ejércitos. Es derrotado el prisionero Napoleón en Sedán y se proclama la República. París, cercado por los prusianos, cede más bien por la fuerza del hambre que por la de las armas.

Estalla la revolución en París, que dice Pi y Margall, acabó por ser una de las más sangrientas catástrofes que registrara la historia, y entonces se levanta en Europa la voz de Julio Favre, ministro de Estado en Francia, quien, después de haber enseñado a su manera aquellos grandes acontecimientos; después de haber declinado sobre el Imperio una responsabilidad que debió aceptar en gran parte para sí y sus compañeros de Gobierno, llamó la atención de Europa sobre la Internacional, suponiéndola autora y origen de la revolución de 18 de marzo.

Según dijo Pi y Margall en su discurso, los Gobiernos de Europa apenas hicieron caso de Favre, por varias razones que explica.

ABSOLUTISMO DE LOS DERECHOS INDIVIDUALES

¿Por qué surtieron efecto en España las indicaciones de Julio Favre?

Veamos cómo lo explica esto Pi y Margall: «Es indudable, decía don Francisco, que entre las fracciones que hicieron la revolución de septiembre la había encarnizadas enemigas del absolutismo de los derechos individuales. Nosotros hemos leído con ellas grandes batallas sobre esta

cuestión. Aceptaron los derechos individuales porque se los imponía la revolución y se hallaban comprometidos en ella por la expulsión de los Borbones; pero como no creían en el absolutismo de esos derechos, como los creían condicionales, trabajaban naturalmente por limitarlos y darles las condiciones conformes a sus doctrinas. Esperaban una ocasión oportuna, y la encontraron en la indicación de Julio Favre.

Que no se trata tan sólo de la Internacional y si también de la existencia de los derechos individuales, nos lo confesaba hoy el mismo señor Moreno Nieto, diciendo que no cabían en la Constitución ni los internacionales ni los que pretenden derribar la dinastía. Hario sabido es que aquí pretendemos derribarla, no sólo los republicanos, sino también los conservadores y los carlistas.

Pi y Margall definió a continuación el absolutismo de los derechos individuales, definiéndolo sintetizada en las palabras siguientes: «En qué sentido se dice que Dios es absoluto? En el sentido que no tiene condiciones y límites sino dentro de sí mismo, dentro de su propia naturaleza. En este sentido decimos y sostenemos que son absolutos los derechos que se refieren a la esencia del hombre. Nosotros damos por base y asiento de esos derechos la personalidad humana, y como límite de esos derechos, esa misma personalidad.

Las personalidades humanas, se nos dice, son muchas y desde el momento en que dos se encuentran se limitan. Esto no es exacto: lo que hacen al encontrarse dos personalidades es reconocerse, respetarse y completarse. Indudablemente desde el punto en que mi personalidad tropieza con otra igual a la mía, comprendo que no puedo ignorarla, ni calumniarla, ni ultrajarla, es decir, violarla; pero ¿quién puede discutir sus ideas, sus sentimientos y sus creencias? ¿Implica esto alguna limitación de la libertad del pensamiento ni de la conciencia?

Contestando al señor Alonso Martínez, que decía que el pensamiento y la conciencia tienen por límite el derecho del Estado, Pi y Margall contestó que el Estado no es un ser, es el organismo de un ser que no tiene derechos propios: tiene sólo poder y deber.

Y esa personalidad social no puede tampoco ser un límite al pensamiento y a la conciencia del individuo, sino en el sentido que antes expuso.

«¿GEE EL GOBIERNO QUE LA INTERNACIONAL ES CONTRARIA A LA MORAL PUBLICA?»

Hablando después de que la Constitución y el Código autorizan la Asociación para todos los fines humanos, menos para aquellos que sean contrarios a la moral pública, dijo don Francisco: «¿Gree el Gobierno que la Asociación llamada la Internacional es contraria a la moral pública? Pues no tenía aquí qué hacer ni qué declarar. Los Tribunales son los únicos que pueden perseguir las Asociaciones contrarias a la moral, porque, como decía el señor Salmerón, donde acaba un derecho no empieza la acción del Poder ejecutivo.

Recogió Pi y Margall la afirmación del señor Candau declarando a la Internacional fuera de la Constitución y dentro del Código; calificó de grave ligereza la declaración, diciendo que parece imposible que los Gobiernos incurran siempre en los mismos errores y que no escarmentaban nunca en las lecciones de lo pasado; trasladó su pensamiento a los primeros tiempos del Imperio romano, suponiendo que el Parlamento español era el Senado de Augusto o de Tiberio, describiendo en un bello párrafo la impresión que produjo el rumor vago y siniestro de que en el seno del Imperio se estaban formando ciertas Asociaciones con carácter religioso. El Senado condenó aquellas Asociaciones por peligrosas al Estado, por inmorales, por absurdas, por contrarias al orden social.

Se persiguió a los nuevos sectarios, entregándolos a las fieras, y se alumbraba con sus cuerpos encendidos los jardines del emperador. La moral de esas Asociaciones reina, sin embargo, durante siglos. Siguió contestando Pi y Margall a otros puntos de los discursos de Candau y Alonso Martínez, y en la segunda parte de su discurso definió la interpretación, o lo que entendían las Constituyentes por moral pública en relación con las Asociaciones: no ofender el pudor, el decoro, la decencia, la honestidad de los ciudadanos.

Como se concretaran dudas de si debía entenderse por moral pública la del Código o la católica, don Francisco, haciendo suyo un argumento de Castelar, decía que si se dejaba a la autoridad que apreciase lo que es moral y lo que es inmoral, según su conciencia, cada magistrado juzgaría con arreglo a sus creencias religiosas o convicciones filosóficas, y sucedería que un mismo hecho sería juzgado de distinta manera por los Tribunales.

Examinó después Pi y Margall todas las ideas expuestas en artículos y Congresos de la Internacional y los medios inmediatos e inmediatos que proclamaba la misma para llegar a un fin: la emancipación social de las clases trabajadoras; es decir, la refundición de todas las clases sociales en una sola, de productores libres, para demostrar que las ideas de la Internacional no afectan a la moral de la razón humana.

Una gran parte de la segunda de su discurso la dedicó don Francisco al problema de la propiedad. Hizo un estudio verdaderamente notable de esa cuestión desde los varios puntos de vista que tiene: científico, filosófico, histórico, para deducir, como de anteriores argumentos, que ni el fin ni los medios que propugnaba la Internacional eran inmorales.

LA HUMANIDAD OBEDECE A LEYES INDECLINABLES

En aquel debate el señor Nocedal dijo lo siguiente: «Tenéis enfrente a la Internacional, y no tenéis medios para atacarla, porque vosotros sois liberales y el liberalismo es el que la ha engendrado: sólo el catolicismo, sólo las creencias religiosas pueden hacer que la Internacional deje de llegar al triunfo de sus doctrinas.»

A lo que Pi y Margall contestó que la Internacional seguía su camino, ora sea el liberalismo el que trate de detenerla por medios violentos, ora fuese el catolicismo el que tuviese bastante autoridad para atacarla. Y añadió que está en grande error el que crea que puede llegar a detenerse la marcha de las ideas, porque la Humanidad obedece, como todo el mundo, a leyes indeclinables.

Defendió la teoría de que la idea de libertad y la de fatalidad no se niegan entre sí, pues el día en que la libertad esté bastante educada para acomodarse siempre a las eternas leyes de la Naturaleza, la libertad moral del hombre habría llegado a su completo desenvolvimiento y a su extremo límite.

También contestó Pi y Margall al señor Martínez Izquierdo, a quien recordó que Jesucristo, a quien todos los cristianos consideran por sus palabras y por sus actos como el modelo de la vida perfecta, vivió con sus apóstoles en pleno comunismo.

Cogió en grandes contradicciones a Martínez Izquierdo y a Alonso Martínez, y les demostró con citas históricas que el comunismo era la aspiración constante y la forma predilecta de la Iglesia, como lo demuestran los órdenes monásticos fundados desde el siglo IV hasta el XIX, y ya al final del discurso, recogió unas palabras del señor Martínez Izquierdo, en las que hizo la declaración gravísima, dijo Pi y Margall, de que la Iglesia católica no admite más que el usufructo, y éste con la obligación de que parte de él, es decir, la parte sobrante, se dé de limosna a los pobres.

De estas palabras se debió arrepentir el señor Martínez Izquierdo, pues con gran extrañeza de Pi y Margall no figuraba después dicha declaración en el «Extracto Oficial» ni en el «Diario de las Sesiones».

¿CUANDO HA TRIUNFADO EL ERROR SOBRE LA VERDAD?

Uno de los últimos párrafos del discurso de don Francisco fué el siguiente: «¿Qué hay en la Internacional? ¿Hay verdaderas quimeras? ¿Hay locuras? Pues esas quimeras y esas locuras no pueden desaparecer si no a la luz de la discusión. ¿Desconfiáis de esas armas? ¿Cuándo ha triunfado el error sobre la verdad en el mundo? Si creéis posible ese triunfo, los que sois racionalistas, blasfemáis de la razón humana; los que sois tradicionalistas...

LA FLOR SUIZA EN DULCES

Mariano Cela Ruiz

VARIACION DE PASTAS FINAS

Variado y extenso surtido en Caramelos finos, Almendras, Grajeas, Anises y Galletas.

Vinos generosos y Licores.

Fábrica de Bollos de Leche.

Plazuela de Martín Marcos.

BEJAR (SALAMANCA)

CARRERA CORTA

de gran porvenir para ambos sexos, podéis hacer en vuestra casa y hasta gratis. Escribid al Centro L Enseñanza. GRANJA DE TORREHERMOSA (Badajoz).

FERRETERIA—'El Ajuar de la Casa'

Herrajes para obras. Herramientas.—Clavazón. Alambres. Batería de cocina.

PRECIOS BARATISIMOS

San Bernardo, 88. Teléfono 330 7.

¿Queréis arreglar vuestros relojes?

Llevadlos a la relojería de ANTONIO SAEZ que los arregla económicamente y con garantía por un año. TOLEDO, 70

tas, blasfemáis de la Providencia, de vuestro Dios. Dejad que se viertan todos los errores, abrid paso franco a todos los delirios: la razón humana dará cuenta de ellos. Basta el efecto que la razón individual, como la social, estén en completa libertad para manifestarse. Ya os lo he dicho: la personalidad social y la individual se completan mutuamente. Dejadlas la una frente a la otra.

Aquí queda transcripto parte del discurso de Pi y Margall, que fué a modo de arte que pulverizó los falsos argumentos de los adversarios, a quienes en varias ocasiones dejó desconcertados con su lógica y sus demostraciones evidentes.

Un recuerdo dedicado a don Francisco Pi y Margall no podía ni debía faltar en este número extraordinario de EL SOCIALISTA, aunque sea del más modesto de sus discípulos en el ideal, ya que no imite al maestro en los admirables actos de toda su vida.

R. MARTINEZ SOL

El Socialismo es la Paz

Es el Socialismo, infiltrándose en las conciencias y barrenando el poder burgués, el que implantará en el mundo la Paz. Y es el Socialismo también el que, realizando una política constante y profundamente renovadora, modificará la moral humana al ir modificando la estructura de la sociedad.

Europa no camina francamente por los senderos de la paz hasta que se dio cuenta de que es exacto lo dicho por MacDonald: «La lucha no está entre el militarismo y el nacionalismo; la lucha está entre el Capitalismo y el Socialismo.»

La guerra no terminará en tanto subsista su causa, que es la lucha de los intereses privados; pero así como la fuerza sindical y política del proletariado logra ir suavizando los efectos de la explotación económica—que tampoco desaparecerá mientras el hombre se vea obligado a vender su fuerza de trabajo—, la declaración de una guerra hallará más obstáculos cuanto más intensa sea la intervención de la clase trabajadora en los destinos de los pueblos y cuanto más potente y disciplinada sea su acción sindical.

José María SUAREZ

La Internacional en 1866

Durante los días 3 al 8 de septiembre de 1866, se reunió en Ginebra el primer Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores.

En sus deliberaciones tomaron parte 5 delegados representando el Consejo General, fundado en Londres en 1864; 17 representantes de cuatro Secciones de Francia; 3 delegados alemanes, representando las Secciones de Colonia, Solingen, Stuttgart y Magdeburgo; 20, en nombre de 15 Secciones de Suiza, y 15 delegados, en representación de Sociedades Obreras que no formaban parte de la Internacional, pero habían acordado hacerse representar.

Presidió el Congreso Hermann Jung, del Jura suizo, de oficio relojero, y miembro del Consejo General. El orden del día comprendía once cuestiones.

LOS ACUERDOS

La resolución que adquiere mayor relieve y da verdadero matiz al Congreso es la siguiente:

El Congreso declara que, en el estado actual de la industria, que es la guerra, se debe prestar una ayuda mutua para la defensa de los salarios. Pero es de su deber declarar al mismo tiempo que hay un fin más elevado que alcanzar: la supresión del salariado. Recomienda el estudio de los medios económicos basados sobre la justicia y la reciprocidad.

UNA DISCUSION HISTORICA

Al discutirse los Estatutos de la Internacional sólo una palabra dió lugar a un debate empeñado: la palabra trabajador. Los obreros de la inteligencia, ¿podían ser considerados como tales por los Estatutos? Los delegados franceses sostenían que no. Los alemanes, los ingleses y los suizos defendían la tesis contraria, y apelaban a demostrar que precisamente eran intelectuales los más entusiastas internacionalistas. Naturalmente, la opinión de los delegados franceses no prevaleció. En el Consejo General elegido para regir la Internacional figuraba un español.

FELIPE PENN CRUZ IMPRESOR

Se hacen toda clase de trabajos tipográficos. Pizarro, 16. Teléfono 14.02 H

La escuela y la paz universal

Hacia el verdadero desarme

Una ráfaga de esperanza ilumina a Europa. Londres. Ginebra. La Conferencia de Londres, que por espacio de unos meses zozobró, terminó inundando de sano optimismo a los espíritus generosos. ¡Se llegó a un acuerdo! ¡Se abrió la posibilidad de una guerra! Aquellos gritos estúpidos y cordiales con que fueron saludados y despedidos MacDonald y Herriot, en París y en Londres, cuando el pueblo les pedía que afanzaran la paz del mundo, fueron escuchados. La Conferencia de Londres fué una luz que brillaba en el bosque panorámico internacional.

Después de Londres, Ginebra. Otra vez la conciencia universal se siente conmovida—aunque ahora más confiada que antes—y sigue atentamente las discusiones de la Asamblea de la Sociedad de Naciones. ¡Ayuda mutua! ¡Desarme universal! Y esa conciencia ha podido darse cuenta, con la natural satisfacción, que la Paz se afirma más cada día en el mundo.

Y conviene señalar que en esa importante asamblea, a la que han acudido los primeros ministros de las principales naciones, han estado ausentes los «primeros» ministros de los países que viven actualmente bajo un régimen de dictadura. Esa ausencia tiene demasiada significación para que dejemos de subrayarla. ¿Quién sabe si esos dictadores se han eliminado a sí mismos, en un acto justiciero, temerosos de encontrar en Ginebra un ambiente francamente hostil para los pueblos que viven sin libertad, coaccionados, en un estado de constante violencia.

Y entre estos dos acontecimientos—Conferencia de Londres y Asamblea de Ginebra—se han producido dos hechos que tienen una gran importancia y que, en cierto modo, responden a una misma preocupación. Estos dos hechos son: la reunión que la Internacional de la Enseñanza ha celebrado en Bruselas y el Congreso que en Lyon acaban de celebrar los noventa mil maestros que constituyen el Sindicato Nacional de Maestros Franceses.

Estos obreros de la enseñanza aprovechan las vacaciones de verano para reunirse, cambiar impresiones, estudiar los diversos problemas de la escuela y del niño en orden a la conciencia universal.

Y en los dos Congresos, el tema que más se ha discutido es la necesidad de pacificar los espíritus infantiles; la imperiosa obligación que tiene todo maestro de no envenenar la libre conciencia del niño...

Y en la libre conciencia del niño no cabe el odio, sino el amor; no cabe la guerra, sino la paz...

Pero la enseñanza actual, la escuela actual, no hace nada por la Paz; en cambio contribuye a envenenar la conciencia infantil fomentando el instinto belicoso que nos legaron nuestros antepasados.

La enseñanza de la Historia en las escuelas ofrece un caso típico en este sentido, aunque no sea el único. La Historia que se hace aprender a los niños es una

Historia patriótica, donde, para halagar la vanidad nacional, falsan los hechos y santifican las mayores brutalidades.

Por eso en esos dos Congresos que acaban de celebrarse se ha insistido tanto en esta cuestión; por eso la revolución alemana arrancó de las escuelas las manuales que envenenaban a los niños, como arrancó las láminas que contribuyesen a fomentar el espíritu guerrero; como llevó a uno de los artículos de su Constitución la obligación de enseñar la Historia con un nuevo espíritu, con aquel «espíritu de reconciliación de los pueblos», que tanta falta hace.

Este es el camino. La escuela puede y debe hacer el desarme de los pueblos. La Paz—como dice Buisson—no puede ser obra de diplomáticos y de generales, que son los beneficiarios de la guerra. La Paz puede hacerla la escuela. De nada servirán que los hombres, llenos de buena fe, acuerden limitar los armamentos si en el corazón y en la conciencia siguen anidando las mismas ideas y los mismos sentimientos guerreros.

La escuela puede hacer ese desarme, que será el verdadero, porque se trata del desarme moral. En ese sentido se han pronunciado los dos Congresos de enseñanza recientemente celebrados. Estamos, pues, en camino del verdadero desarme.

Rodolfo LLOPIS

Contra el infantilismo revolucionario

El día 28 de octubre del año 1882, el inseparable amigo, hermano gemelo y protector de Carlos Marx, escribía a un amigo una carta en la que, poniéndole en guardia contra las ilusiones de la Revolución, decía lo siguiente:

«Creo muchos señores y fraseólogos—decía Engels—que todos los partidos oficiales tendrán que unirse en un grupo contra nosotros y que los socialistas tendremos que formar columna frente a ellos para dar la gran batalla decisiva y alcanzar la victoria decisiva con un solo golpe. Pero en la vida no ocurren las cosas tan simplemente. En realidad, la Revolución empieza al revés con el hecho de que la gran mayoría del pueblo, y también los partidos oficiales, se recoge, aislando al Gobierno para derrotarlo. Después los elementos de los partidos oficiales que aun sobreviven, se combaten y destruyen entre sí, y en aquel momento es cuando llega la gran decisión del pueblo y la posibilidad de nuestro triunfo. Si quisiéramos empezar la Revolución por el último acto, hay que pensar piadosamente que terminaríamos muy mal.—Federico Engels.»

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA Paseo de Recoletos, 12.—Madrid. Préstamos hipotecarios amortizables de cinco a cincuenta años sobre fincas rústicas y urbanas. Préstamos a corto plazo para construcción de edificios. Cédulas hipotecarias garantizadas por las fincas afectas a los préstamos y por el activo del Banco. Cuentas corrientes con interés. Depósitos de valores.

EL NITRATO DE CHILE Aplicado en trigo en la proporción de 150 kilos por hectárea, produce un aumento de 450 kilos de grano. En la patata, en cantidad de 300 kilos, el excedente de cosecha es de 7.000 a 8.000 kilogramos, y empleado en el maíz, en la misma proporción, el aumento es de 2.000 kilogramos. En todos los demás cultivos, cantidades proporcionales. Para más detalles sobre su aplicación dirigirse al Comité del Nitrato de Chile. Barquillo, 21, Madrid.

CALZADOS LA IMPERIAL LOS MEJORES DE ESPAÑA Grandes novedades para Primavera y Verano No deje usted de visitarnos y pida nuestro Catálogo ilustrado Fuerta del Sol, 8 - Fuerta del Sol, 13 - Plaza del Progreso Glorieta de Bilbao - Príncipe, 35 (esquina a Prado).

PABLO CANTÓ CONSTRUCCION DE TUBERIA Y DEPOSITOS Y TODA CLASE DE PIEZAS DE CEMENTO COMPRIMIDO SE FACILITAN PRESUPUESTOS GRATIS A QUIEN LO SOLICITE SOBRE PROYECTOS O POR UNIDADES Oficinas: Princesa, 34, y Marqués de Urquijo, 21 Talleres: Comandante Fortea, 6 MADRID

LADRILLO REFRACTARIO TUBERIA DE GRES Fábrica: PACÍFICO, 12. Teléfono 17-65 M.

PUBLICIDAD.—Anuncios: cuando no se señale sitio de su colocación, 30 céntimos línea; cuando se indique, precios convencionales. Noticias, una peseta línea. Entrefiletos, dos pesetas línea.

EL SOCIALISTA

SUSCRIPCIÓN:
Provincia trimestre..... 9 pesetas.
Extranjero trimestre..... 18 pesetas.

Año XXXIX.—Núm. 4.880.

REDACCION Y ADMINISTRACION: CARRANZA, 20.—TELEFONO 15-77-J.—APARTADO 10.036 (ESTAFETA 10).

Madrid, sábado 27 de septiembre de 1924.

La Internacional y la Paz

Cuando Marx fundó en Londres, hace sesenta años, la Asociación Internacional de los Trabajadores, no sólo puso la piedra angular del edificio emancipador del proletariado, sino que, al mismo tiempo, creó el instrumento más eficaz de la paz entre las naciones.

Organizar a los trabajadores internacionalmente es, en efecto, dar un paso decisivo hacia la paz perpetua; es fundar lazos de solidaridad a través de las fronteras; es despertar sentimientos de fraternidad entre los pueblos. El día que todos o la mayoría de los obreros del mundo se agrupen en un organismo único, imbuídos de ideas pacifistas y liberadoras, imbuirán no sólo la paz entre las naciones, sino la paz social, por el establecimiento de condiciones políticas y económicas justas y equitativas.

Desde que se fundó la Internacional, es decir, desde que el Socialismo organizó política y sindicalmente al proletariado, se ha progresado mucho en todos los órdenes. Y si se ha progresado tanto, ha sido gracias a esa organización, tan combatida por el capitalismo siempre, a pesar de cuya persecución ha llegado a ser un organismo poderoso, indestructible, que influye eficazmente en los destinos humanos. Sin la Internacional, estaríamos todavía mucho más retrasados.

Ha laborado la Internacional tanto por el mejoramiento de la clase obrera y su completa emancipación como por la paz entre todas las naciones. Nada ha hecho jamás una obra tan completa. En todos los países los internacionalistas han luchado tenazmente contra toda aventura belicosa y han propagado entusiásticamente el pacifismo.

Los principios de la Internacional, los ideales socialistas, no han prendido sólo en las inteligencias y en los corazones de los obreros. Su virtud y su virtud universal, la influencia del Socialismo ha llegado a todas partes, tanto en lo material como en lo intelectual y moral. Y uno de los principales postulados socialistas, el de la paz perpetua entre las naciones, es hoy defendido por todos. La paz es el anhelo perenne de los pueblos, nunca declarado tan unánimemente como ahora. Y en la Sociedad de Naciones, los representantes de casi todos los Estados abogan por ella y manifiestan su voluntad de llegar a un acuerdo que haga imposible la guerra.

A la Sociedad de Naciones se había concedido hasta ahora poca importancia, y muchos se burlaban de ella. Pero está demostrando en estos momentos que es un organismo de enorme importancia. Llegará a tener gran eficacia política. Es ya hoy un muro de contención para las ansias imperialistas de algunas potencias.

Al acuerdo sobre el arbitraje, que si se respeta es suficiente para hacer imposibles las guerras—¿quién se atreverá en lo sucesivo a aparecer como agresor, a suscitar sobre sí las iras del mundo entero?— a ese acuerdo seguirá seguramente la limitación de armamentos y el desarme general después.

La Sociedad de Naciones no ha asegurado todavía la paz, no ha podido llegar aún a tanto. Sería eso querer correr demasiado. Pero ha emprendido con decisión y paso firme el verdadero camino de la paz.

¿Y por qué ha emprendido ese camino la Sociedad de Naciones? Pues porque en Inglaterra y Francia, los dos pueblos que más han influido siempre en la marcha del mundo, gobiernan, por la voluntad libérrima de sus ciudadanos, laboristas y radicales. Sigueran gobernando en esos dos países los reaccionarios, y tal vez estuviéramos más cerca de la guerra que de la paz, y la Sociedad de Naciones acaso pereciera en manos de los Poincaré, los Baldwin y los Mussolini.

Triunfa la Sociedad de Naciones y triunfa el pacifismo porque el Socialismo ha preparado el terreno para que triunfen. El Socialismo sembró trabajosamente durante más de medio siglo la semilla que ahora comienza a germinar. Es el Socialismo el que más ha contribuido al despertar de los pueblos, el que les ha dado conciencia de su valer, el que les ha capacitado para la vida liberal y democrática.

Se pone en la Sociedad de Naciones la esperanza de que logre el desarme, de que evite las guerras, de que asegure la paz. ¡Bien está! Pero los trabajadores, los socialistas, debemos confiar más en la Internacional Obrera. Para que los buenos propósitos que hoy abraza la Sociedad de Naciones no se malogren, la Internacional ha de ejercer el control sobre ella. La Internacional es la que, en definitiva, ha de dar la paz nacional y social al mundo.

José CHUECA

Para que se piense en ello

Noticia de ayer, de hoy, ¿de mañana? Infanticidio, suicidio. La infanticida, la suicida, es una mujer, casi una niña. El periódico que da la noticia apunta la causa. No había falta. Se adivina.

La prostitución pública se muestra triunfante en las calles de la gran ciudad, en los casinos y en las playas de moda, y la prostitución clandestina se la encuentra sin necesidad de tomarse la molestia o el encanto de buscarla. Las causas son complejas y las consecuencias bien conocidas.

Y así, años, siglos... Lo atestiguan las historias antiguas y modernas, el libro reciente, el periódico de todos los días, el sacerdote, el médico, el moralista, el legislador.

Los primeros días de la segunda quincena de agosto los pasó en Oxford. Celebraba allí sus sesiones un Congreso Internacional de Educación obrera. En la casa donde me hospedé hospedábanse también delegados de distintos países en aquel Congreso. Un día, durante la comida, discutió la conversación de tal manera que el delegado de Suecia en el Congreso hubo de decir que en su país eran menos cada día las familias que lo practicaban su situación y que la prostitución apenas se conocía.

¿Son ciertos y correlativos estos dos hechos?

Aquella noche, como todas, antes de acostarme revisé mentalmente la vida del día y escribí en un cuaderno cuyo contenido encerrase todo entre interrogantes:

«Todo niño, al nacer, será inscrito en los registros correspondientes como hijo de su madre y sólo de su madre.

Toda mujer que sea madre, y mientras le sea de hijos menores de x años, percibirá obligatoriamente y sin que pueda renunciarlo un sueldo proporcionado al número de hijos, con cargo al presupuesto de gastos del ministerio de... ¿La Prospección?... ¿Amor?... ¿Fomento?... ¿Trabajo?...

La ficha sanitaria de todos los nacidos será obligatoria, y las anomalías que por ellas se descubran exigirán concienzuda investigación para averiguar su procedencia y exigir las debidas responsabilidades.

El Estado, el Internacional, Sociedad de Naciones, mejor que el Nacional, tendrá Casas de Educación en número suficiente para todos los nacidos menores de dieciocho años de edad, y la organización y el funcionamiento de estas Casas será tal que todos los que por ellas pasan podrán vivir su vida de actividad creadora correspondiente a cada edad y capacitarse en la medida en que sus condiciones personales lo consientan, para perfeccionar indefinidamente su vida en las edades sucesivas y vivirla con dignidad, sea el que quiera su ambiente.»

Y hago punto en mis transcripciones para suponer en algunos bocas dos exclamaciones y una interrogación: ¡Sueldo a todas las madres! ¡Casas de Educación para todos los nacidos hasta los dieciocho años! ¡Y el dinero?

Permitásemos contestar preguntando: ¿De dónde salió el dinero para sostener a cincuenta millones de hombres dedicados a destruir y a otros tantos o más, de hombres y mujeres, a producir medios de destrucción durante cuatro años? ¿Cabe poner precio a los diez millones de plena juventud y a los veinte millones que fueron heridos, de los cuales cerca de medio millón vivan hoy aún horriblemente mutilados? ¿Y cuánto cuesta la ignorancia en forma de tifus, viruela, paludismo, tuberculosis, sífilis, locura, crimenes, preocupaciones, fanatismo, morfina, alcohol, tierras incultas, cultivos rutinarios, sistemas absurdos de enseñanza, de gobierno, de administración, atraso científico, miedo, injusticia, brutalidad, etcétera, etcé?

Recursos sobran. Las riquezas del Estado son inagotables cuando se las invierte en obras de Amor, de Educación, de Justicia, de alta Investigación científica.

Y ahora abato el vuelo. ¡Abatir! Nada hay pequeño en la casa del Señor, dijo alguien que no es un desconocido en la historia del pensamiento occidental, mirando cómo se leña su tela una araña.

En Madrid, y supongo que en otras partes, a las doce en punto de las doce, cenar de mujeres de todas las edades, algunas madres y cargadas con sus crías, y centenares de niños, generalmente menores de doce años y mayores de ocho, llegan a un determinado sitio—solar, acera, banco, escalinata, sombra de un árbol, abrigo de un muro, etc.— donde ya espera el marido, padre, hijo, nieto, hermano, huésped o amigo, y allí, soporífero la curiosidad callejera, el calor, el frío, el viento, el polvo, comen y descansan, en las condiciones de comodidad, aseó e higiene que puede suponerse, si no se quiere ver, los que una o dos horas más tarde habrán de cumplir la segunda parte de su jornada de trabajo.

¿No resulta este espectáculo dispendioso para el interés privado, obrero y patrono; depresivo para sus actores, molesto para los espectadores, contrario a todo buen principio de policía urbana, indigno de una ciudad civilizada?

¿Y no cabría remediarlo con relativa facilidad, sellando todos los gananciosos que remedio la Casa del Pueblo y la Asociación General de Maestros?

¿Y será un disparate pensar que los medios económicos pudieran facilitarlos al obrero, el patrono, el Ayuntamiento y el ministerio de Instrucción pública?

En un solar no es obra de romanos montar un pabellón de madera, una tienda de campaña, y una mesa y veinte, treinta, cuarenta sillas cómodas se encuentran fácilmente, y los utensilios para poder comer decentemente se reunirían sin dificultad, y el papel, plumas, libros, periódicos, estampas, fotografías, etcétera, para aquellos que después de haber comido sintiesen necesidades culturales, no faltarian, y las macetas con plantas y los cacharros con flores aparecerían todos los días como por arte de encantamiento, y hasta cabe pensar que se encontrarían personas cultas, espirituales, capaces de sostener una conversación agradable y de despertar, leyendo, el amor a la lectura.

Y convertir en un bonito salón comedor, de reposo y de cultura, algunos de esos inmensos camiones que por ahí circulan sería cosa de coser y cantar.

Y las cocinas de campaña no están fuera del alcance de las voluntades decididas.

Y lo mismo puede decirse de las duchas ambulantes.

Y nada más por hoy, porque esto no tiene punto. Queridos amigos del Partido Socialista, y de la Unión General de Trabajadores, y de la Casa del Pueblo, y de la Asociación General de Maestros: ¡No les parece a ustedes que todo eso es realizable, y que debe realizarse, y que produciría mucho bien su realización, y que se ofrecería un buen ejemplo realizándolo?

Amigos míos: La comida simple y sana, la ropa limpia, la belleza en todas sus manifestaciones, el agua y el jabón, afirman la sensibilidad, y afinada la sensibilidad y educada la inteligencia, la voluntad no permanece embotada.

Acaba de celebrarse el II Congreso Internacional de Educación obrera; pronto celebrará el III; la cooperación y aun la superación son un deber y un honor; el obrerismo español no ha de olvidar.

Angel LLORCA

¿Hay remedio?

«La guerra es el remedio de las cosas que no tienen remedio», escribió Melo en su «Historia de la guerra de Cataluña». He ahí, en esa frase expresiva del clásico ibérico, la sustancia de cuanto se ha dicho en defensa de la guerra.

¿En defensa? Mas bien en excusa de la guerra, porque la guerra, considerada en sí misma, no tiene apenas defensores. Nadie afirma que ella sea un bien. Reconocen casi todos que es un mal. Pero, añaden, un mal necesario, fatal, inevitable. La guerra es el argumento postrero al que es forzoso recurrir en las eternas disputas humanas. Última ratio... «El remedio de las cosas que no tienen remedio.»

Apologistas de la guerra, ensalzada como un bien, lo fueron en la época moderna algunos contados escritores alemanes. Sostenían que en la lucha cruenta se templan los cuerpos y las almas, redímense los pueblos de la grosera indolencia, y, predominando el más fuerte, se mejora la especie humana. Quienes así pensaban se creían verdaderos patriotas. Se creían los únicos patriotas verdaderos. Hoy, el pobre pueblo germánico, víctima de esa ideología; el pueblo de Goethe y de Kant; de Goethe, que en la guerra contra Francia proclamaba su amor a Francia, y de Kant, el autor del Tratado de la paz perpetua, podría evocar el recuerdo de aquellos pretendidos patriotas, increpándoles amargamente: «¿Qué habéis hecho de la patria...?»

Mas, en general, los hombres entendieron, siglo tras siglo, que la guerra era un mal. Era el azote de Dios. Era el caballo rojo del Apocalipsis. Era una de las grandes calamidades públicas. Todavía la liturgia eclesiástica perpetúa la tradicional plegaria: «De la peste, el hambre y la guerra... ¡libranos, Señor!»

¿Cómo, entonces, siglo tras siglo también, ha podido subsistir la guerra? Porque los hombres aceptaron aquella teoría del mal inevitable. Hay cosas que no tienen remedio. Siempre habrá guerras, como siempre habrá hambre, habrá peste. Para modificar ese estado de cosas, se decía—y aun hoy se repite—, sería preciso cambiar la naturaleza humana.

Pues bien, ¡cambiémosla, si es preciso!... contestan ya los idealistas de todo el mundo. Transformemos, mejoremos la estructura de nuestra sociedad. Trabajemos por un nuevo régimen científico, en el que desaparezca la peste. Trabajemos por un nuevo régimen económico, en el que desaparezca el hambre. Trabajemos por un nuevo régimen internacional, un régimen de Sociedad jurídica entre las Naciones, en el que la guerra desaparezca. Ni la guerra es un remedio, ni hay cosas que no tengan remedio.

De esta suerte, la sociedad se divide en dos campos. Los que afirman que hay remedio a la guerra y los que niegan que a la guerra haya remedio. Los que creen y los que no creen. Los hombres que van hacia un ideal y los que se pliegan a la fatalidad. Los avanzados y los conservadores. Los que murmuran que «este mundo así lo hemos encontrado y así lo dejaremos...» y los que sienten que se hallan en este mundo precisamente para dejarlo mejor que lo encontraron. Los que tienen fe en la eficacia de la justicia y del amor y los que han perdido toda fe en el hombre y en la Humanidad.

¿Hay remedio?... No tenemos, no, que, si la paz reinase en el mundo, caerían los pueblos en una indolencia egoísta y corrompida. Todo lo contrario. Esos idealistas que aspiran a suprimir las guerras, piden, en cambio, una tan honda renovación social que habrá de exigir esfuerzos no menos intensos, no menos heroicos que cuantos hayan podido presenciar los siglos pasados en las bélicas empresas. Son esos hombres, cabalmente, los que creen que en la sociedad humana las cosas tienen remedio y que hay que poner, con ánimo varonil, remedio a las cosas. Creen que la razón es un remedio; creen que la sinceridad es un remedio; creen que una organización justa es un remedio. El espíritu rampantemente conservador se ríe de ellos. ¡Pobres señores!... Y luego, en una paradoja desconcertante, este mismo espíritu conservador, estrecho, escéptico, se indigna contra esos hombres avanzados—los únicos que en un ideal ponen su confianza—porque, según dice, ... ¡le quitan al pueblo los ideales!

Luis DE ZULUETA

Imaginaciones. El idilio de la paz

¿Quién se acuerda de la guerra? El recuerdo bélico va lejos. Las tierras removidas, desgarradas con tristes designios, han vuelto a su vieja fisonomía patriarcal. Ellas han sido las primeras en reaccionar contra la pesadilla que movieron los hombres. No se olvidó que fueron ellas, también, las pri-



meras en dolerse de que un acero más implacable que el del arado se adentrara en sus entrañas para reventarlas con insultante desprecio. ¿Cómo olvidar la mueca trágica, el ceño dramático de los campos removidos, sembrados de escombros y despojos y olvidados desdichosamente? ¿Cómo no recordar la quejumbrosa desesperada de aquellos árboles centenarios que levantando al cielo la astillada mitad de su fuste ponían a Dios por testigo de la brutalidad de los hombres? ¡Oh, sí; hay que acordarse siempre. Resumiase en el dolor austero y silencioso del campo, el dolor desesperado de las criaturas inmoladas en él. ¡Qué gran tristeza la tristeza del campo! Equivalía a una admonición severa, suave, implacable. Ya pasó. El campo, más generoso que los hombres, olvida pronto. Para él no ha habido ni vencedores ni vencidos.

La guerra va lejos. Las tierras han recordado la vieja fisonomía que las hacía amables a nuestros ojos. Han vuelto a conocer las horas de sosiego y se han aplicado a su obra de fecundidad. Es una bella lección. Nos dan su cosecha de pan rubio y de vino rojo con largueza. Nos piden un poco de amor. Y a cambio de ese amor, aun nos dan algo que vale más que las cosechas: la suficiente serenidad para gozarnos en la hora del atardecer, cuando la jornada toca a su fin. Es la hora de la gracia. El labrador y el «verde prado de fresca sombra lleno», sosiegan. En el cielo se acord-

dan en nacaradas tonalidades las últimas tintas del día; del bosquecillo próximo nos llega un rumor dulce, suave, discreto. Es una hora para poetas y para trabajadores que conocen el valor de este silencio augusto, delictoso, lleno de íntimas resonancias.

El Socialismo no es una concepción individual salida del cerebro de algún pensador; es un movimiento histórico, producto necesario de la sociedad capitalista. Allí donde el capitalismo penetra, el Socialismo aparece. VANDERVELDE.

Estando el paisaje. Quizá haya pasado ya la pareja que imaginamos. Quizá él—alto, moreno, varonil—posaría suavemente su brazo en el talle de ella—alta de pecho, anticipe de feliz maternidad—temeroso de malograr por falta de delicadeza el fruto que se gesta en las entrañas de su compañera, en el que nosotros, con loco imaginar de poetas, saludamos a una generación vigorosa y serena—serena como este prado; vigorosa como nacida de campesinos—que alejará definitivamente el peligro de la guerra.

Julián ZUGAZAGOTIA

Los productos que el obrero crea a cuatro, por ejemplo, al consumirlos ha de pagarlos a cinco o a seis: es explotado como productor, pagándole menos de lo que vale su trabajo; como consumidor, obligándole a pagar más del valor de los objetos que compra; como habitante, porque aunque lleve a pagar en forma de alquiler diez veces el valor de su morada, nunca llega a ser suya, de tal manera que el obrero vive siempre en déficit, a crédito y en pobreza constante.

Reflexiones

Por los tiempos, ya relativamente remotos, en que quien esto escribe se iniciaba—niño todavía—como acólito en los oficios de la entonces débil y caótica organización obrera vallsolés, por cuya tribuna solían desfilarse, de tarde en tarde y alternativalemente, elementos de las dos ramas en que se había escindido el corpulento tronco de la Primera Internacional, los propagandistas de nuestras ideas se cuidaban mucho, al ejercer su ministerio, de no contribuir a desvirtuar lo más mínimo los principios y las doctrinas que informaban la vida orgánica de la clase trabajadora, temiendo que el más leve concepto heterodoxo, brotado inopinadamente de los labios o de la pluma, sobre causar daño, les hiciera acreedores a la repulsa de sus correligionarios.

Acaso internamente el pensamiento volara en pos de nuevas concepciones ideales y el juicio se rebelase contra la rigidez de los métodos establecidos; quizá, también, esos sentimientos llegaran a expresarse tímidamente en el seno confidencial de la amistad. Pero el hecho es que no se manifestaban de una manera pública, y que se reservaba siempre a la propia organización el derecho a modificar las normas existentes.

Hoy las cosas han variado de un modo notable, habiendo sustituido a la unidad en la forma de exponer el pensamiento socialista la más heteroclitada variedad.

Así se da el caso, verbigracia, de que mientras unos correligionarios afirman públicamente que el Socialismo no está conforme con ninguna dictadura; que nosotros organizaremos la sociedad de manera que nadie tenga más tierra que la que pueda cultivar ni más dinero que el que sea capaz de administrar y poner en marcha en algún negocio útil a la causa colectiva; que el Gobierno de una nación de tipo capitalista equivale a la posesión del Poder por la clase trabajadora; que la libertad política y la libertad económica existirán recíprocamente subordinadas, y que las luchas entre pueblos pueden justificarse, otros, por el contrario, proclaman que la dictadura del proletariado será una medida fatalmente inevitable; que todos los medios de producción y de cambio deberán revestir carácter colectivo; que la posesión del Poder político por la clase trabajadora no estará subordinada a ningún otro poder; que la fuente originaria de todos los derechos humanos será la libertad económica, y que por ningún concepto pueden admitirse las pugnas armadas entre pueblos...

Acaso haya quien juzgue más aparentes que reales las discrepancias apuntadas y crea que, sometiéndolas a un detenido análisis, puede llegarse a deducir la conclusión de que no existen diferencias fundamentales entre ellas. Tal vez tenga razón quien así piense. Pero, de cualquier modo, conviene considerar que toda forma equivoca en la exposición de nuestras ideas puede originar confusiones lamentables que acaben por dañarnos, y que, para evitarlo, precisa que los expositores se produzcan con la máxima concreción y claridad al ejercer su ministerio.

Y si se tratara de convenientes rectificaciones de nuestro ideario paraacompararlo al ritmo histórico de los tiempos presentes, ¡ah!, entonces, que sea la propia organización, congregada de manera que puedan emitirse y aquilatarse todas las opiniones, la que realice ese trabajo. Hay que restaurar las normas puras y austeras de la Primera Internacional, que ahora conmemoramos.

Proceder de otro modo, dejando al criterio personal, de cualquiera, por respetable que se considere, la interpretación de las ideas que deben unirse, acabará por convertir nuestro campo, si no en el célebre de Agramente, en algo acaso peor todavía: en una torre de Babel donde sea muy difícil que podamos entendernos.

R. CABELLO

Amemos la paz y la justicia

La labor hecha en materia de higiene pública y social se ha traducido en censos bien evidentes en las cifras de morbilidad y mortalidad.

Convencidos de que no hay riqueza en los pueblos como la vida y la salud de sus ciudadanos, ponen en el empeño, los hombres que a esto se dedican, todo su saber y todas sus actividades.

Es ejemplar el entusiasmo con que luchan por arrebatar vidas de las garras de la enfermedad y la muerte y por organizar la defensa de la salud pública con arreglo al actual progreso científico.

Salvar vidas cuesta esfuerzos titánicos y costosos medios materiales, y, sin embargo, la codicia nublada en el hombre sus generosos sentimientos, y sin detenerse ante el espectro de desolación, de llanto y de miseria, prepara la guerra, donde han de sucumbir millares y millares de vidas.

Es que la guerra, nos dicen expertos de buena fe, es inevitable; siempre hubo y habrá guerras; la vida, guerra es; y pretenden convencernos, con valiosos testimonios sacados de la tradición, de la Historia y hasta de la vida de los animales, que no obedecen sino al instinto.

No ha mucho me decía un gran hombre de ciencia, director de un glorioso Centro alemán de investigación, indignado por la ocupación del Ruhr, por los desmanes cometidos por militares franceses y por lo que sufría su orgullo de hombre civilizado al tener que soportar tropas negras, que en la próxima guerra no respaldarían altos en Francia ni mujeres ni niños.

Este sabio no medita que los franceses habían sufrido cuatro años el militar alemán; que habían visto devastadas sus casas, etc., etc. Crea de buena fe que todo eso está permitido en la guerra, y lo que debía, para disculpar al francés en su nefasta actuación de postguerra, lo pasa por alto, para no conservar más que lo último, que oscurece su inteligencia, enciende su pasión y le arraiga el odio, que más tarde ha de mostrarse salvaje y fiero. No es este un caso aislado, por desgracia. En Hamburgo, un neurólogo de renombre mundial negó los servicios de su despacho (según me contaba un ayudante suyo) a una muchacha belga que, doliente, acudía a buscarlos. Y no es le peor todavía que él lo hiciera, sino que era acuerdo general de los compañeros negarles a franceses y belgas. Así están las cosas en el mundo. Esta es la perspectiva que ante nosotros se muestra: el odio como mentor del espíritu.

Cuando se ve esto en hombres que ejercen las más elevadas funciones espirituales se llena el alma de pena y hasta casi duda uno si tendrán razón los fatalistas, que consideran la guerra como una calamidad inevitable. Pero no; la guerra puede y debe evitarse. Nos lo dicen nuestros principios, nos lo dice la conciencia y nos lo manda Dios, ese Dios, grande y bueno, a quien no se gana con rezos y que confió al hombre la misión de buscar la felicidad. Lo de que siempre haya de haber guerras no nos dice más que el hombre sigue siendo malo, y no son malos sólo los despiadados capitalistas, que deslumbrados por la codicia adormecen su sensibilidad espiritual, lo somos también nosotros, y porque lo somos también, a pesar de constituir la masa, pueden triunfar los primeros. El respeto a la vida humana debe invadir la conciencia de todo hombre. Dejad que esta conciencia pesa sobre los que ansían la guerra porque con la guerra se benefician. Para todo buen socialista debe ser este un dogma del que jamás debe apartarse, ni aun ante la conducta del capitalismo; obrar de otro modo será caer en el consumable proceder del sabio alemán antes referido.

Pero para ser bueno, para que lo somos la mayoría, paráramos que la función educadora hay que laborar por la transformación de los actuales instrumentos de cambio; es decir, hay que ir hacia el Socialismo evolutivo, el único compatible con la realidad. El camino será más o menos largo, pero es el seguro.

Los socialistas estamos más obligados que nadie a entender estos conceptos. Así, cuando os hayáis capacitado, tanto o más que por aptos, por buenos; cuando hayáis aglutinado de este modo vuestra autoridad, tendréis como inmediato el ejercicio de las funciones directivas, que en vuestras manos serán garantía de equidad.

Los extremismos jamás os proporcionarán nada bueno, pues aunque la diosa del triunfo os sonriera, el resto de la sociedad no soportaría indefinidamente aquello en que no dominara la paz, en que no presidiera un principio de justicia para todos y en que el brutal concepto de dictadura ahogue los impulsos de autonomía individual, que si bien son germen de discordia, también alimentan la antorcha del progreso.

No; el ideal de paz no es quimera de utopistas. Este se extenderá y arraigará en el alma de los pueblos, y para favorecerlo hay que acelerar el movimiento evolutivo social.

Así convenceremos a los que de buena fe ven en la guerra variedad de actividades, fuente de progreso, selección de virtudes y hasta poesía, y apuntarán a los malvados, que ven en ella el modo de escalar cédulas.

Si; la paz es posible, es necesaria. Los altruistas anhelos que en estos mismos momentos procuran abrir paso en la realidad y señalar las bases legales y materiales en que ha de apoyarse la paz, vencerán todos los obstáculos si tras de sí tienen la fuerza valerosa de los que se aman. Arrárgase en todos el concepto de la paz y demostraremos con nuestra conducta que sabemos merecerla, y la paz triunfará.

J. MOURIZ

La mujer en la sociedad nueva gozará de una independencia completa; no estará sometida a ninguna explotación ni dominación; estará colocada ante el hombre en un mismo plano de libertad e igualdad.—BEBEL.